

SITIO de CARTAGENA

1815

CDD 986.103

POR

ALVARO DE URICOECHEA

TRABAJO QUE OBTUVO EL SEGUNDO PREMIO EN EL CONCURSO ANUAL

ABIERTO POR LA

ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA.

EN 1915



RUIZ Y HERNANDEZ

CASA EDITORIAL

CARTAGENA DE INDIAS

MCMXVI



NOTA EDITORIAL

Cuando a fines del pasado año fué sabido que se avecinaba la solución del Concurso abierto por la Academia Nacional de Historia, sobre el sitio sufrido por esta ciudad en 1815, la Dirección del «Boletín Historial» hizo solicitud a Bogotá de los trabajos que ganasen los dos primeros premios, con el deseo que fuese dicha Revista la primera que los diese a luz en la entrega correspondiente a Diciembre, consagrada a la dolorosa conmemoración.

El Dr. Eduardo Posada, a quien se confió la comisión en Bogotá, cumplió su cometido con toda eficacia y pronto fueron recibidos en esta ciudad los trabajos premiados, que remitieron sus autores, Srs. Carrizosa y de Uricoechea, acompañándolos de muy hermosas cartas para el Director del Boletín, por las cuales vése, que ambos autores no solamente elaboraron su estudio incitados por la honrosa liza, sino que fueron también movidos por el amor a las glorias de este pedazo de tierra, patria de tantos héroes y mártires y teatro de tan altísimos hechos.

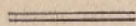
Desgraciadamente, los descos del Boletín no pudieron realizarse, porque dada la extensión de los trabajos remitidos, ni aún triplicando el formato era posible darles cabida completa. Esto sin tomar en cuenta que dicha Revista tenía de por sí gran cantidad de materiales de forzosa publicación en la entrega de Diciembre y los cuales ya rebasaban los modestos límites de ella.

Enteróse la Junta de los Centenarios de 1815 | 16 de lo que ocurría, e inmediatamente, su ilustrado Presidente, Sr. H. L. Román, se entendió con el Director del Boletín y consiguió le fueran proporcionados los dos trabajos sobredichos con el plausible fin de editarlos bajo su patronazgo, acertadísimo paso, ya que con ello se dejaba, para los tiempos futuros, un testimonio imperecedero de la manera como la Junta había honrado la memoria de aquellos que, ha cien años, supieron sacrificarse gloriosamente por la Patria.

Ven pues la luz estos meritorios trabajos, a impulso de la Junta del Centenario, que, dicho sea en justicia, no ha omitido esfuerzo de ninguna clase (a pesar de los abrojos que ha encontrado en su senda) para cumplir su cometido de manera discreta y patriótica.

Bien quisiéramos añadir a estas cortas líneas (que son apenas mera explicación editorial) algunas consideraciones críticas sobre los trabajos que se publican, mas, después del fallo de la docta Academia Nacional de Historia, consideramos una inocente majadería loar lo que ya está calificado como óptimo. Así lo estimará sin duda el ilustrado lector al leer las piezas que hallará en seguida y que ven hoy la luz bajo el mismo sol que irradió, hace una centuria, sobre los muros legendarios, testigos de la epopeya que con tanta fortuna nos relatan dos entusiastas jóvenes amantes de la Historia y de las glorias de nuestra patria heredad.

E. de S.



◀ SITIO DE CARTAGENA ▶

1815

CARTAGENA en 1815

El día 17 de Febrero de 1815 salió de España con rumbo a Tierra Firme la más lujosa expedición que hasta entonces hubiera cruzado el mar. Un espectáculo maravilloso presentaba aquel día la bahía de Cádiz. A las ocho de la mañana a una señal dada por el navío *San Pedro*, levaban anclas diez y ocho buques y cuarenta y dos transportes. Lo mejor de la marina española; lo más granado de las tropas que sostuvieron heroica lucha contra el invasor francés, venían a estrellar su bravura contra sus hermanos de América. Venían a renovar las proezas de la conquista, no ya contra la naturaleza salvaje y agresiva, no contra las tribus incultas a quienes exterminaron por la sed del oro, sino contra sus mismos hijos a quienes por medio de la opresión despertaron del letargo de la esclavitud, para hacerles ver la inmensa aurora de la libertad. Del choque de esas armas nació la más heroica de las epopeyas en la cual los hijos demostraron a la madre que no había sufrido mengua la herencia preclara de Guzmán el Bueno, que si ella ostentaba como blasón las rocas de Tarifa, aquí teníamos el inmenso volcán de San Mateo. «Muchas de esas proezas alcanzan al máximo de la energía humana. Ellos descuidaron andando el tiempo el historiarlas, acaso por el orgullo de que, vencidos a la postre, no quisieron ocuparse nunca más de los vencedores, condenando al mismo injusto olvido a los que triunfaron y a los que combatieron con estos, dejándose vencer. La historia de esas derrotas sería un triunfo para el orgullo de cualquier otro pueblo menos fiero que el de España.» (1)

«El error más odioso, dice Renán, al contarnos la leyenda bretona, es creer que se sirve a la patria calumniando a los que la han fundado. Todos los siglos de una Nación son las hojas de un mismo libro. Los verdaderos hombres de progreso son aquellos que tienen como punto de partida, un profundo respeto hacia el pasado. Todo cuanto hacemos, todo cuanto somos, es el resultado de un trabajo secular. En cuanto a mí, jamás me siento más firme en mi fé liberal, que cuando pienso en los milagros de la antigua fé, ni más ardiente en el trabajo del porvenir, que cuando paso las horas escuchando las campanas de la ciudad de Is.»

Las presentes páginas son el relato de una de las más fieras

(1) Blanco Fombona. Prólogo a la biografía de José Felix Ribas por Juan Vicente González.

hazañas de la epopeya americana. En ella, como en toda lucha en que ha tomado parte España, hay derroche de heroísmo, alboradas de victorias, oscuras noches de venganzas. La inmolación de sabios y de mártires ejecutados por Morillo y sus secuaces, las degollinas de Maza en Tenerife, etc., etc., «culpa fueron del tiempo»..... Hoy para con la madre patria no tenemos sinó estrechos lazos de una amistad imperecedera, y el reconocimiento que conservan los hijos a quienes les han dado el ser. Exponemos los hechos como han pasado apoyados en documentos que no dejan duda alguna, y en autores que los presenciaron y que merecen toda fe, algunos de ellos pertenecientes a la misma expedición. En ellas se verá la verdad, única nota del historiador justo y sensato. Los juzgamos según sus procederes, sin atribuirnos todo lo bueno dejando al contendor la peor parte. «Cuanta mayor sea nuestra nobleza para juzgar a nuestros padres, tanto más noble será la disposición que legaremos a nuestros hijos para ser juzgados por ellos. Y esa será la grandeza de la patria. Que las patrias, más aun que de sus hijos vivos, se forman del conjunto de sus grandes hijos muertos.» (1)

«Por decreto de S. M. publicado en la Gaceta de 8 de Noviembre de 1814, se dispuso que el ejército que al mando del General Morillo estaba destinado a las provincias del Río de la Plata, se hallase precisamente el día 20 de dicho mes, completo, con sus respectivos cuerpos, en Jerez de la Frontera y pueblos inmediatos, en disposición de marchar a donde se le previniese.»

(2) La noticia de estos preparativos se supo muy pronto en Nueva Granada, como que la «Miscelanea de Cartagena», fecha, miércoles 19 de Octubre de 1814 trae la siguiente:

«En cuanto a España el espíritu de facción se ha extendido tanto, que se juzgó conveniente suspender una expedición que se estaba preparando para la América del Sur, con el objeto de restablecer la tranquilidad en aquella parte de los dominios españoles; y como ambos partidos en la madre patria, están fortificados, los medios de oposición, es verosímil que pronto vendrán a romper envolviéndose así España en una guerra civil, la cual acaba de ser libertada de una invasión extranjera.» (3)

«La repugnancia a una guerra colonial, dice Rodríguez Villa, unida al temor de los peligros de un largo viaje y de un clima malsano, se apoderó también de tal suerte de los soldados que desde el primero hasta el último hubieran suscrito y se hubieran entregado con alegría a otra cualquier empresa por arriesgada que fuese, con tal que se les librase de la expedición.» [4]

España estaba cansada de guerras; la guerra de patria y religión contra los moros, la guerra de conquista, la misma Inquisición «Que es el fierro candente que mata a España», como dijo Saint Victor—la asolaba y empobrecía; Flandes, etc., la tenían

(1) Juan Zorrilla de San Martín. La epopeya de Artigas. Tomo I.

(2) Antonio Rodríguez Villa. El Teniente General D. Pablo Morillo. Tomo I

(3) Década. Miscelanea de Cartagena. Tomo I Número 2.

(4) Rodríguez Villa. Op. Citada.

extenuada; el coloso, dueño de América, pasaba por una época de crisis; tres siglos hacía que las colonias sustentaban a la madre, y ella envanecida por su inmensa gloria y el portentoso esfuerzo de dominar el mundo, paseaba sus arrogantes tropas por por toda la Europa. Al paso de sus ejércitos temblaban las naciones, y era tal la apostura de sus hombres que fueron la admiración de Maquiavelo, e hicieron que Brantôme célebre hispanista, tomara una posta expresa para verlos desfilar por Flandes.»

«Componíase esta formidable expedición—dice el Coronel Rafael Sevilla [1]—de los buques de guerra siguientes: navío *San Pedro*, fragatas *Ifigenia* y *Diana*, corbeta *Diamante*, goleta *Patriota*, barco *Gaditana* y doce cañoneras desarmadas; y los buques transportes que a continuación se expresan: *La Primera*, *Ildefonso*, *El Guatemala*, *Daoiz Velarde*, *Ensayo*, *Eugenia*, *Júpiter*, *Cortes de España*, *Numantina*, *La Vicenta*, *Salvadora*, *La Palma*, *Socorro*, *San Francisco de Paola*, *Providencia*, *Heroe de Navarra*, *San Pedro y San Pablo*, *La Joaquina*, *Nueva Empresa*, *La Empecinada*, *La Apodaca*, *San Ignacio de Loyola*, *Los buenos Hermanos*, *La Preciosa*, *San Fernando*, *La Elena*, *La Venturosa*, *La Coro*, *La Pastora*, *La Gertrudis*, *La Arapiles*, *El Aguila*, *La Parentela*, *La Unión*, *La Piedad*, *La Carlota*, *San José*, *Segunda Carlota*, *La Belona*, *San Enrique*, *San Andrés* y *La Alianza*.»

Componíase la expedición de seis batallones de infantería, a saber: [1] uno de León al mando de Don Antonio Cano, otro de Castilla al mando de Don Pascual Real, otro de Victoria al de D. Miguel Latorre; otro de Extremadura al de Mariano Ricafort; otro de Barbastro al de D. Juan Cini; y por último, el llamado de La Unión a cuyo frente estaba Don Juan Francisco Mendivil. Agregáronse a estas fuerzas seiscientos hombres entregados por el Conde de la Bisbal, con los cuales se formó el batallón denominado del *General*.

«La caballería se componía del cuerpo de dragones de la Unión que mandaba Don Salvador Moxó, y el de Fernando VII cuyo jefe era Don Juan Bautista Pardo. La artillería, de que era comandante el brigadier don Alejandro Oavia, se reducía a dos compañías de a pié, una de obreros en número de ciento veinte hombres y un escuadrón volante de a caballo, mandado por Don Gabriel Torres. La plana mayor de Ingenieros estaba a cargo de D. Eugenio Iraurgi. Por último, los oficiales de cuenta y razón, o sea la administración militar como hoy decimos, dependía del Ministro principal de hacienda, Don Julián Ibarra; del interventor Don Pedro de Michelena y del pagador Don Lorenzo Martínez, así como las provisiones, del factor principal don Agustín Manso.»

(1) Rafael Sevilla. Memorias de un militar.

Número de la Expedición :	H.	
Según Morillo	12.000	
„ Quijano Otero.....	10.800	de tropas aguerridas y
	4.200	de marina.
„ Blanco.....	15.000	
„ Larrazabal	10.642	
„ García del Río	10.000	
„ Plaza Antonio José	10.700	
„ Restrepo	10.642	
„ Benedetti.....	10.642	

Esta magnífica expedición fué puesta bajo las órdenes del entonces Mariscal de Campo Don Pablo Morillo a quien sus coterráneos llamaron el Cosaco de Wellington por la bravura con que combatió al enemigo francés, y éste fué quien lo propuso al Rey lo mismo que el General Castaños, como el más adecuado para sojuzgar las provincias rebeldes. Tanto Wellington como Castaños erraron. (1) No era Morillo el hombre que se necesitaba. Su heroísmo ante las águilas francesas, fué odio y crueldad ante los diezmados batallones de sus hermanos de América. Sus asesinatos y tropelías hicieron más larga su tarea dominadora. Dícese quizá con razón que otra hubiera sido la suerte de la Independencia si los soldados del Rey—*el amado cautivo*—no hubieran entrado a sangre y fuego. Y no fué sólo Morillo: Boves, Monteverde, Morales en ocasiones lo superan, y aún hay algunos como Zequeira, cuyas hazañas son poco conocidas. Los hombres son avaros de su sangre y de la agena, por eso nos sorprende el heroísmo y nos horroriza el crimen, y los crímenes ejecutados por Sámano y Morillo no tienen igual. Este era el Pacificador. Bien conocido es ya de toda la América. En la Península lo tienen en otro concepto: “Su discreción y su magnanimidad—dicen—dejaron en América un recuerdo que todavía perdura.” (2)

En España se juzgó muy fácil la empresa. Las circunstancias para ello eran favorables. En Venezuela, un fuerte terremoto había sepultado miles de personas pocos meses antes. El pánico y el desaliento se apoderaron entonces de aquel valeroso pueblo, y la causa de la libertad perdía terreno. Algunos clérigos fanáticos, dice un periódico inglés de aquella época, predicaron con regocijo que aquella catástrofe era un aviso del Señor. Mientras tanto Monteverde, aprovechándose de estas calamidades, se hacía dueño de Venezuela.

A Buenos Aires, las luchas intestinas la tenían debilitada. La naciente República del Plata sufría las primeras decepciones y se creía impotente para hacer frente al enemigo. “La parte juiciosa de la población—dice Torrente—(3) se preparaba a re-

[1] Hubiera sido mejor Don Pedro Mendinueta en quien también se pensó como conocedor del terreno, etc. etc.

[2] “El Liberal”, de Madrid, de 27 de Agosto de 1911.

[3] Mariano Torrente. Historia de la Revolución Hispano-americana. C. XII. Juan García del Río. Sitio y Toma de Cartagena.

cibir con entusiasmo a los libertadores; muchos de los comprometidos estudiaban el modo de congraciarse con el legítimo Soberano y los más, despechados, trataban de sustraerse, con la fuga, a su bien merecido castigo, luego que hubieran probado los primeros trances de la guerra.”

“En Cundinamarca la guerra civil había producido graves males. Todas las cabezas habían estado ocupadas en resolver el problema de la forma de gobierno que convenía adoptar; ciertas provincias querían mantenerse en independencia unas de otras; las había que aspiraban á la federación; otras deseaban unirse bajo un gobierno central; y entretanto, ó no se había pensado en organizar una fuerza respetable que expeliese al enemigo y diese la posesión del territorio en donde había de plantearse el gobierno, ó se consumían en mútua destrucción, las pocas tropas levantadas para la común defensa. Así es que cuando Fernando volvió a España, sin embargo de que se contaban cuatro años de guerra y de que sólo habían pasado de la península 300 hombres a Cundinamarca, los españoles eran dueños por el Norte, de las provincias de Santander y Panamá; hácia el Sur, Popayán estaba amenazado por las tropas de Quito, después de la prisión del General Nariño en Pasto y de la retirada del resto de sus tropas; y las fronteras del E. y N. E. por Maracaibo y Casanare, estaban expuestas a las incursiones de los realistas de Venezuela. La ocupación de Bogotá en Diciembre de 1814 por las tropas del Congreso al mando del General Bolívar había puesto, no obstante, un término á la guerra civil; la provincia de Cundinamarca entró a consecuencia de esto, en el número de las federadas; el Gobierno general se instaló en la capital el 21 de Enero de 1815; y se determinó por seguir la guerra con vigor. Al efecto se enviaron refuerzos al General Cabel a Popayán para contener los progresos de los realistas; al General Urdaneta para proteger la provincia de Pamplona; y se ordenó a Bolívar que pasase a atacar a Santamarta, y procediese luego a liberar por segunda vez a Venezuela. Ya parecía que Cundinamarca iba a poner válidamente las bases de su independencia y prosperidad futuras, cuando la venenosa discordia volvió a sacudir sus teas sobre aquella región y sopló su ruina y su esclavitud.” (1)

Tal era el espectáculo que presentaba la América. Y la expedición tocaba ya a nuestras puertas.

Las noticias que de ella se tenían entonces se deducen del siguiente:

“Por cartas y pasajeros últimamente venidos de Jamaica, sabemos que se embargaban todos los buques mercantes para salir de transporte a una grande expedición que se preparaba; y se ha notado que fuera de toda costumbre, se han fletado también buques pequeños, cuya circunstancia hace creer que la expedición no es para países distantes y aún se ha dicho con certeza que es para la Habana, Portobelo y el Istmo, como su único destino posible, y acaso ambos puntos; porque las tropas de desembarco son muchas

[1] Juan García del Río. «Sitio y toma de Cartagena.»

para un solo destino. Esperamos en el primer buque de Jamaica noticias exactas del verdadero destino de la expedición, con lo que opinan los políticos que los ingleses abrirán la guerra a España, para vengar su ingratitud y cobrarse de muchos millones que le debe." (1)

En las provincias del Río de la Plata se abrigan muchos y serios temores. Era allí adonde se creía que se dirigía la expedición. Pensaban los peninsulares que como allí los rebeldes estaban divididos, sería más fácil obtener la victoria y seguir de triunfo en triunfo hasta volver a clavar en los cerros del Avila el estandarte de los leones y castillos. Ese fué el primer pensamiento. Así se le hizo creer a la tropa y la expedición iba confiada en adquirir numerosos laureles. En el Sur de la América hacía falta Bolívar. San Martín (2), nunca tuvo la visión ni el poder de Bolívar; el héroe del Sur entonces fué Artigas, pero éste era casi desconocido. De aquí que faltos del genio que los guiara a la victoria, decayera el patriotismo y pensarán deponer las armas. En el Norte la guerra tomaba otro aspecto. Era guerra sin cuartel, guerra a muerte. La proclama de Trujillo dada por Bolívar era una medida terrible: "Nuestro odio será implacable, la guerra será a muerte." «Quizás éste fué el motivo—dice el Dr. Eduardo Posada—porque se les ocultó el verdadero destino; muchos habrían desertado, sin duda, antes de embarcarse, o habían eludido el enrolarse en esas filas. Y tenían razón. No era cosa halagüeña venir a poner el cuello a la cuchilla de Maza o el abdomen a la lanza de Paez. Dios quisiera que siempre, en las horas de guerra, se nos tenga en ese mal concepto de pavorosos titanes.»

"El General Morillo que comprendió el mal efecto que había de causar este cambio de itinerario, nos mandó una proclama entusiasta recordando los laureles que habíamos obtenido en la campaña contra el francés y manifestándonos que debíamos alegrarnos de ir a un país más cercano al nuestro. A las tres de la tarde volvióse a poner en facha el navío Capitana dando la señal de que todos los buques, uno á uno, pasasen por su popa, encima de cuyo alcázar estaban los Generales con sus ayudantes de campo. Según iba efectuándose esta operación, gritaba Morillo: "Viva el Rey" "Viva España" A lo que contestaban los soldados: ¡¡ Vivaa !!, agitando sus gorras en el aire. Este acto solemne volvió la alegría y el entusiasmo a los expedicionarios (3)

El 3 de Abril fondeó la expedición en Puerto Santo, a Barlovento de Carúpano. Allí le esperaba a Morales, quien con cinco mil hombres iba a atacar la Isla de Margarita. Tenía además

[1] Década "Miscelánea" de Cartageua, Viernes 9 de Diciembre de 1814, Tomo I.

[2] No va en mengua del héroe libertador.

[3] Rodríguez Villa. Op. cit.

32 buques. Reunido Morillo con su escuadra el 5, y todo el ejército, se dirigió a Pampatar. Más de cien buques y 14.000 hombres para atacar a Margarita, la cual no contaba sino con 400 hombres que tenía Bermúdez!

El nueve del mismo llegó la expedición a Margarita. Arismendi, el valiente Arismendi, era la salvaguardia de ella. Refiere el Coronel Sevilla los acontecimientos que allí tuvieron lugar, los cuales, según nuestro modo de ver, carecen de verdad. "Una gran parte de los principales disidentes—dice Morillo—(1) escapados del continente, se habían refugiado en la isla de Margarita; allí conservaban un simulacro de Gobierno; y aún aspiraban restablecer desde allí su fortuna ya aniquilada. De éstos, quedaban aún algunas partidas, reliquias de la campaña anterior, refugiadas en los montes o en los grandes desiertos que existen en lo interior de Venezuela. Desde luego conceptué indispensable disipar la reunión de Margarita y volar sobre ella con todas las fuerzas europeas de mi mando y el ejército vencedor que había encontrado; porque la mayor fuerza y aparato militar había necesariamente de hacer desmayar la resistencia y economizar la sangre. Me presenté en frente de aquella isla el 9 de Abril de 1815 y mis pacíficos fines fueron cumplidos. Desembarqué: un olvido de lo pasado fué mi promesa y el dejar las armas y entregarme las pocas cabezas que huían por los montes, la única condición que exigí. Olvidé sinceramente aún los asesinatos cometidos en la inocente tripulación de mi buque Español Mercante. Nada fué exceptuado de mi olvido. Muchos jefes de la revolución allí estaban y se presentaron: todos fueron respetados, y hasta el mismo Arismendi, aquel cruel y feroz Arismendi, que un año antes había sido el instrumento de hacer correr la sangre de ochocientos españoles del modo más inhumano; aquel Arismendi, quedó en su patria, en el ayuntamiento, en su casa y con sus bienes; de mí recibió atenciones: le senté á mi mesa; le traté con distinciones y nada omití que fuese capaz de dar con él y sus compañeros, los primeros y más elocuentes ejemplos públicos de mis intenciones y de la voluntad y deseos de S. M."

Así se expresa el Pacificador. Sevilla dice que Arismendi se rindió de una manera humillante. Se rindió, en verdad, cuando ya no le quedaba otro camino, todos sus compañeros habían huído; Bermúdez con 200 se había retirado creyendo no obtener del enemigo sino duros castigos. No es cierto que los tripulantes del buque mercante fueran asesinados. Fué condición para otorgar el perdón el que esos tripulantes se hallasen sanos y salvos. El mismo Sevilla lo dice. El hecho de haber sido perdonados indica la falsedad de aquel aserto. Verdad es que Morillo se mostró allí magnánimo; así le convenía mostrarse en la primera ocasión. "Si Morillo hubiera continuado de buena fe esta política habría hecho con ella más daño a la Independencia de América del Sur que con sus armas", dice el historiador Restrepo.

"Dejemos pasar la onda irresistible, que tras ella nos levanta-

(1) Manifiesto de D. Pablo Morillo. Pág. 7.

remos de nuevo”, dice Arismendi a los conturbados insulares, y éstos se someten; pero no así Bermúdez, que arrebatado siempre y despreciando la prudencia, imprueba la obediencia a que se prestan sus compañeros de armas, a quienes acusa sin razón de pusilánimes; y resuelto a desafiar él sólo las iras del vencedor, antes que rendirle la espada, se lanza al mar en la flechera “Golondrina”, atraviesa con imponderable osadía, de pié y erguido en la frágil barquilla, por entre la escuadra de Morillo; insulta a grandes voces y jura muerte a los tiranos de la Patria. Y como llegasen a sus oídos las voces de algunos españoles que no comprenden ni se explican de frenético: *Soy el General Bermúdez*, les grita el irresistible cumanés, y con un terno de cuartel, acompaña el movimiento amenazante de su espada. Aléjase y recalca a la isla de Granada, y pasa luego a Cartagena a seguir combatiendo después de protestar, con tan singular arrebató, contra los nuevos invasores.” (Eduardo Blanco. *Venezuela Heroica* Pg. 268).

Dueño Morillo de la isla, dirigió a sus habitantes una proclama fechada en el Cuartel General de Pampatar, a 15 de Abril de 1815. En ella demandaba las armas y pertrechos, y obligaba, bajo penas severas, a prestar juramento de fidelidad al Rey. El 24 del mismo mes, ya fuese por malicia o negligencia, voló el navío San San Pedro Alcántara, el más grande con que contaba la expedición; perdiéronse 1.500 hombres, incluso los marineros que se hallaban a bordo, 460.000 pesos, 700 quintales de pólvora, varias piezas de artillería y bastimentos, además de 7.000 fusiles y una cantidad correspondiente de vestuarios, correaes etc. etc., destinados para armar nuevas tropas, según Morillo se fuese internando en el país.

El primero de Mayo salió la expedición para Cumaná habiendo dejado Morillo en Margarita al Coronel Erraiz con una numerosa guarnición e instrucciones para levantar un empréstito de 60 a 80.000 pesos. En Cumaná nombró Morillo de Gobernador a Don Juan Cini y de Comandante General a Don Juan Bautista Pardo. « La expedición llegó con 200 enfermos a la parte menos sana de Venezuela y sus enfermedades aumentaron por las fiebres del trópico a términos que casi todos los enfermos perecieron. Morillo entonces, además de tener que atender a las fuertes partidas de guerrillas que se levantaron, se vió obligado a enviar 300 hombres a Veracruz a consecuencia de las noticias urgentes que recibió de que el camino de México se hallaba bloqueado y que los independientes, bajo la dirección de Morales, marchaban yá sobre la capital de México. » (1)

El 11 de Mayo llegó el General Morillo a Caracas. « Venía de España por la vía de Oriente y la Guaira, entrando a Caracas por el antiguo camino del Cerro, desmontándose en la Trinidad, de donde siguió a pié en medio de su Estado Mayor General, desfilando por el centro del grande ejército de 10.000 hombres, y se

(1) The London Cronicle Sebpre. 14-1815.

guido del pueblo de Caracas. La entrada fué en la tarde y hubo salvas, músicas, fuegos artificiales, banquetes y otros festejos públicos por parte del Gobierno y del pueblo, hospedándose en la casa del Marqués de Mijares, hoy Club Concordia. El Secretario de Morillo era el Coronel Don José Caparrós. (2) «Venía a pié—dice Sevilla—con el entrecejo contraído y caído el labio, signos evidentes de que estaba de malísimo humor.» No era mal humor, remordimiento de conciencia era lo que lo traía pensativo; ¿cómo podía venir disgustado si lo recibían con palmas y flores? Si Páez lo hubiera visto en esa actitud melancólica se hubiera reído en sus barbas. Esa era la actitud que le convenía para amedrentar a los pacíficos ciudadanos de Caracas; pero esa mirada olímpica se convirtió en admiración cuando frente del enemigo comprendió que eran baldíos los esfuerzos que hiciera por someter un pueblo entero que luchaba por alcanzar su libertad e independencia.

Caracas, la patria de Bolívar, la ciudad hospitalaria, debía ser tratada como lo había dicho anteriormente el feroz Monteverde, «por la ley de la conquista.» Puestos los pies en ella, empezaron las persecuciones. «Para mantener su ejército, darle algunos socorros, vestirle y proveer sus hospitales, fueron muy grandes las vejaciones que cometieron Morillo y sus subalternos sobre los arruinados habitantes de la provincia de Caracas; con tal que se consiguiera el fin, poco importaba la violencia de los medios. Entre otros establecimientos, montó la junta que debía secuestrar los bienes, primero: de todos los caudillos o factores de la revolución, de los que hubieran llevado armas contra el Rey, asesinado a los vasallos fieles y promovido de cualquier modo la misma revolución; segundo: de los que por una conducta pasiva o inofensiva habían seguido el partido de los independientes; tercero: de aquellos que hubieran emigrado por miedo de las tropas reales a lugares sospechosos y aun a países de la dominación española. La mayor parte de los bienes de los comprendidos en las tres clases mencionadas, debían venderse con pocas excepciones. Así era que casi todos los habitantes de Venezuela quedaban comprendidos en ellos e iban a ser reducidos a la miseria más espantosa. (3)

«En cambio del generoso bálsamo que requerían para cicatrizar las múltiples heridas abiertas por Boves y Morales, y tantos otros como ellos, de funesto renombre, aplicoles el corrosivo apóposito del odio y la venganza con la violencia más desatentada; y cayeron sobre el pueblo empobrecido: los empréstitos forzosos, los secuestros, que en poco tiempo se elevaron a la cifra de 22.000.000 de pesos macuquinos, la confiscación de las harinas de los particulares a favor de los soldados españoles; el obligatorio alojamiento de la oficialidad expedicionaria, con escarnio las más veces, de la decencia y de la honestidad; las delaciones falsas cuyos autores se premiaban; las injustas prisiones, de cuya injuria no escaparon respetabilísimas matronas; los ultrajes de todo género y linaje, la

(2) Recepciones notables hechas en Caracas a hombres públicos de Venezuela desde 1810 hasta 1906, por M. Landaeta Rosales.

(3) Restrepo. Historia de Colombia. 1827. Tomo 6, pág. 58.

burla cruel, el escarnio insidioso, los consejos de guerra permanentes; y la aplicación del último suplicio a menores faltas (1), considerándose como de infidencia hasta el silencio y, ay! no pocas veces hasta los suspiros y las lágrimas. (2)

Venezuela tenía un yugo de hierro y encadenada, aprisionada y moribunda en manos de los españoles, apenas unas cuantas partidas de patriotas errantes casi sin más armas que picas del ponzoñoso y duro arbusto llamado *Piritu* o *Macanillo*, encabezadas por Pareja, Monagas, Caneleón, Ranjel, Sotillo, Barreto, Rojas, Cedeño y Zaraza, vagaban por los llanos de Cumaná y Barcelona y los llanos de Calabozo y Caracas, perseguidos por los indios caribes y por tropas realistas; y derrotados hoy, aparecían más fuertes mañana. Reunidos al fin, pasaron el Orinoco al saber la llegada de Morillo, en número de 1.200, 9 a 9 en una sola canoa, y apoderándose del pueblo de Maitaco, donde tomaron algunas armas, aumentaban en número cada día. Siendo ya 1.600 intentaron tomar la ciudad de Angostura el 22 de Junio, pero fueron derrotados por 2.000 hombres del teniente coronel Gorrín. Dispersos aquí, Cedeño ocupó los pueblos del alto Orinoco desde Caicara hasta Río Negro, con 1.000 hombres de caballería, y menos felices sus compañeros continuaron su vida errante, hostilizando a los realistas, y protestando por doquiera con sus hechos contra la tiranía española que ejercían en su patria.

Al mismo tiempo que Morillo se preparaba en Venezuela para marchar sobre la Nueva Granada, el Gobierno español despachó una segunda expedición, que zarpó de Cádiz en los primeros días de Mayo, compuesta de 2.500 hombres, una parte de ella al mando del Mariscal de Campo Don Alejandro Ore, Gobernador de Panamá y otra que seguía para México. Ore con toda su familia, 18 oficiales, 274 soldados, 2.000 fusiles y muchos pertrechos y efectos militares, fué apresado en la fragata española *Neptuno* en las inmediaciones de Tolu, por el pailebot patriota *Ejecutivo* y la cañonera *Concepción* a órdenes del oficial Tafur, y conducido a Cartagena; a los soldados se les destinó al servicio y a los oficiales se les puso en los calabozos de la extinguida Inquisición. Poco después se pidió a las autoridades de Cartagena que los oficiales fuesen pasados por las armas y negada la petición, los oficiales patriotas Sanarrasia, Ucrós, Tafur, Betancourt y otros cinco más, en la noche del 6 de Julio, sorprendida la guardia de la cárcel de la Inquisición, mataron a 14 e hirieron a 7 de los prisioneros. La situación del país no permitía sino que estos hechos quedasen impunes. [1]

«Concluidos en poco tiempo cuantos preparativos eran precisos a la grande y distante campaña que se iba a emprender, dice Morillo, dimos la vela en Puerto Cabello para la plaza fuerte de Cartage-

[1] La pena capital se impuso a los panaderos que vendieron pan a los particulares y también a los ciudadanos que lo comprasen; toda la harina debía ser para la tropa española.

[2] Ednardo Blanco. *Venezuela Heroica*. Pág. 158.

(1) *Historia de Colombia*, por Carlos Benedetti. Pag. 486.

na. En los momentos de mi partida, siempre presentes las órdenes y deseos de S. M. siempre hablando a mi corazón, mis votos más ardientes por cumplirlos, me despedí de los habitantes de Venezuela con el lenguaje a la verdad y la buena fé. Les manifesté mis deseos; les encargué la conservación de la paz; y les hice aquellas promesas que nacían de mi voluntad y que eran consecuencias del plan de paz y de concordia de que jamás he pensado separarme.»

Antes de que la expedición se interne en territorio granadino veamos cual era la situación en que se encontraban las armas libertadoras. Abriremos un paréntesis para relatar aunque sea a la ligera las funestas discusiones entre el Coronel Manuel del Castillo a la sazón Comandante de Armas de la plaza de Cartagena, y el Libertador. Ellas, como todas las guerras civiles, han sido la causa de la pérdida de la República, y tanto más dolorosa es recordarlas cuanto peores fueron sus resultados. Dueños los realistas de Santa Marta, Bolívar trabajaba desde Santa Fé en formar una expedición para ir a batirlos. Las penosas circunstancias del erario no permitieron que la expedición fuera provista suficientemente desde Santa Fé, pero llevaba órdenes expresas para que el Gobierno de Cartagena le suministrara los elementos necesarios para el feliz término de ella. «Además, dice Restrepo de un escuadrón de dragones, se componía la división de tres batallones de infantería, y el todo no bajaba de dos mil hombres; pero sólo llevaban quinientos fusiles y órdenes del Gobierno general para que el de Cartagena diera las armas, municiones, artillería y bagajes que necesitaran las tropas; estas, aunque sin armas ni municiones, salieron de Santa Fé perfectamente equipadas de todo lo demás y con una caja militar provista de dinero para cuatro meses. Esta expedición por su número, por la calidad de las tropas y por la celebridad y talentos militares del General en Jefe inspiraban a los patriotas las esperanzas más lisonjeras de un éxito feliz». Temiendo Bolívar que los resentimientos de Castillo fueran perjudiciales para los planes de la campaña libertadora, envió desde Mompós a uno de sus edecanes, anunciándole su llegada, comunicándole las órdenes del Gobierno general y ofreciéndole sus cumplimientos y servicios.

«No se satisfizo con esto [1], y sabiendo que el Gobernador de Cartagena Don Pedro Gual, había sido removido de su empleo por sospechas que inspiraba su amistad y relación de paisanaje con Bolívar y que el sucesor de aquel había revocado la orden en que se dió a conocer a Bolívar como comandante de la línea del Magdalena, determinó éste enviar a Cartageña a su amigo Don José Rafael Revenga, con encargo de asegurar al General Castillo de sus sinceros deseos de reconciliación, y evitar si posible fuera los males que amezaban. El mensajero de la concordia, después

(1) García del Río. Op. cit.

de haber recibido del Gobernador de la plaza una contestación nada satisfactoria por lo tocante al auxilio de armas que Bolívar solicitaba, tuvo una entrevista con Castillo, en que le manifestó la buena disposición de aquel hacia su persona; le expuso los graves perjuicios que su desunión originaría, y tuvo la fortuna de obtener que Castillo le ofreciese, no sólo dar el armamento que se necesitase, sino también ir a encontrarse con Bolívar en Zambano, para combinar entre ambos el plan de campaña.»

«Lleno de gozo Bolívar con este favorable resultado, envió otro edecán a recibir a Castillo, y en seguida se puso él mismo en marcha para el lugar destinado a la conferencia. ¡Cuál fué su sorpresa cuando al cabo de tres días de expectativa encontró no sólo que el General Castillo no parecía, sino que el Gobierno de Cartagena había mandado llevar a la ciudad el armamento que existía en las riberas del río Magdalena, [parte del cual se perdió en la conducción] y había ordenado a las autoridades de la provincia que le tratasen como enemigo en todos los pueblos de su tránsito! Semejante conducta parecería increíble sinó conociésemos de cuánto son capaces las pasiones. La enemistad y los celos de Castillo, junto con las rivalidad que reinaba entre cartageneros y caraqueños, fueron causa de que se desobedeciesen las órdenes del Gobierno general y se faltase a lo que exigían la buena fe y el servicio público.»

«En tan embarazosa situación, convocó Bolívar una junta de guerra, compuesta de los primeros oficiales de la División de su mando, para determinar acerca de lo que debía hacerse; y teniendo en consideración que no se podía abrir campaña contra Santa Marta por carecer de los elementos necesarios para ello; indignados también de que no se diese cumplimiento a las resoluciones del Supremo Gobierno, y de que por el contrario se insultase al jefe y al ejército de la Unión, y se expusiesen las fronteras a las incursiones del enemigo, se decidieron unánimemente a marchar sobre Cartagena, a fin de obtener de grado o por fuerza, los auxilios y el armamento pedido.

«Sólo un error de cálculo, la obra de la pasión del momento, pudo impeler a aquel digno jefe a ceder a la resolución de la junta de oficiales superiores, y poner sitio a Cartagena. No teniendo más de 400 hombres armados, nada era capaz de hacer contra los españoles; más tampoco podía prometerse que se apoderaría de la plaza a viva fuerza; ni esperar que la rendiría por hambre, cuando no tenía ñn solo buque para bloquearla y cortarle los recursos. Como quiera que sea, él marchó, y sitiándose en el cerro de la Popa, comenzó las hostilidades el 27 de Marzo de 1815.»

Castillo, comprendiendo la situación, contemplando los sucesos y calculando las consecuencias de su mal entendido orgullo no accede. Para él en esos momentos no existía más enemigo que Bolívar. Doloroso es confesarlo, pero hay que exponer los hechos tal como pasaron. En una carta a Don Pedro Gual, fecha 10 de Febrero, Bolívar dice: «Ofrezco a Ud. bajo mi palabra de honor que si el Brigadier Castillo desea mi amistad, puede Ud. presen-

társela; y que por gaje de mi sinceridad, desde luego me prestaré a una comunicación oficial o confidencial que deba hacerse pública, en que estampemos solemnemente que el error de sinietros informes, y el efecto de algunas pasiones injustas o cálculos divergentes, han sido causa de esas escandalosas injurias que mutuamente hemos recibido. En una palabra, que é haga todo lo posible por satisfacerme que yo haré lo mismo por la mía.» No fué oído el leal ofrecimiento de Bolívar, y seis días después, el 16 de Febrero, se publicaba en Cartagena la siguiente circular:

«Ciudadanos:

Tengo noticia de que sus vecindarios creen que se les abandona por la providencia de traer a esta plaza las armas y municiones sobrantes en esa línea; pero no es así, antes bien, impuesta de la resolución heroica en que deben de estar esos habitantes de resistir al *Intruso general Bolívar, exterminador*, he dispuesto que un jefe de las circunstancias y confianza del Señor Cortés, siga inmediatamente a organizar la defensa de esos pueblos, a armarlos y a adelantarse con una división de buques de guerra para impedir que las tropas del General Bolívar pisen este país. Dios guarde a Uds. muchos años.

Cuartel General en jefe de los ejércitos de la República en Cartagena, Febrero 16 de 1815.

Castillo.»

Las comunicaciones como ésta y aún peores fueron muchas, sólo publicamos esta para acortar este penoso tema. Ellas solas hablan mejor que las plumas bien tajadas de los historiadores. En vano se podrá disculpar a Castillo; su obstinación y odio a Bolívar no encuentran causa legítima, tanto fué él, que se le creyó que estaba en inteligencia con el gobierno español. Su hermano Don José María del Castillo y Rada al defenderle, tiene para Bolívar frases que causan verdadero sonrojo. Creyó justificarlo calumniando a Bolívar, y sólo hizo poner al relieve la injusticia de la causa que su hermano defendía. Para poder haberle hecho esos cargos a Bolívar, se necesitaría haber sido más grande que él y los hermanos Castillo estaban muy lejos de serlo. Oigámosle:

«En San José se reunieron y conocieron por la primera vez Bolívar y Castillo. El primero, envanecido con la victoria, sólo pensaba en ir adelante sin proveer nada, sin pensar en los peligros que dejara su espada, sin organizar el Ejército, ni el parque necesario, ni los hospitales; y el segundo, que conocía el servicio, que prefería lo sólido a lo brillante, que amaba tiernamente a su Patria y no quería exponerla, chocaron muy pronto. Bolívar no admitía freno alguno y Castillo era sumiso a la autoridad y a la razón. El primero hablaba con desprecio y altanería contra las autoridades del país y contra la forma de gobierno; el segundo defendía a éste y a aquellas porque les había jurado obediencia, y porque convenía así al espíritu nacional de que estaba animado. Este pretendía introducir el orden en todos los ramos. Aquel no gustaba del orden en ninguno, o no tenía espe-

ra para que se estableciese. Quiso Bolívar, que los bienes confiscados se considerasen como botín y Castillo se resistía e ello, por que no fueron tomados en el campo de batalla. En fin, llegó la noticia a Cúcuta de haberse efectuado en Santa Marta una reacción, que Labatut había sido arrojado del país y que se había proclamado de nuevo a Fernando VII. El gobierno de Cartagena llamaba a Bolívar con las fuerzas que sacó de aquella provincia, y Bolívar decidido a penetrar de todos modos a Venezuela, se desentendía de tan justo llamamiento. Castillo le increpó la injusticia de su conducta, y le demostró los riesgos inminentes que correría él mismo si penetraba en aquellas circunstancias en Venezuela, dejando tantos enemigos a su espalda, y el peligro a que abandonaba la Nueva Granada dejando a los españoles en posesión de Santa Marta, Río Hacha y Maracaibo, y en capacidad de invadir la frontera de Cúcuta, que debía quedar perfectamente descubierta, y le proponía marchar con todas sus fuerzas sobre Santa Marta y sucesivamente sobre Río Hacha y Maracaibo, para que dejando así libres aquellos pueblos y pudiendo cubrir con poca fuerza la frontera de Cúcuta, fuese prudente y segura la campaña sobre Venezuela sin dejar expuesta la seguridad de la Nueva Granada, de donde en tal caso podrían sacarse inmensos recursos para la misma Venezuela. Todo fué desatendido, y Bolívar marchó inconsideradamente a libertar a su Patria, rodeado de peligros en que al fin cayó y dejando esta parte inerte e indefensa. Estas fueron las causas de las desavenencias entre Bolívar y Castillo, con algunas otras que algún día se publicarán para vindicar la memoria de un jefe que ha sido juzgado con prevención, porque duró mucho tiempo el brillo de su rival.

«Castillo predijo cuanto sucedió después a Venezuela, y ni la realización de sus predicciones alcanzó a justificarlo a la vista de sus detractores.

«Bolívar entró en Venezuela: en cien combates mostraron sus tropas un valor heroico, pero ellas se aniquilaron; allí pereció la flor de la juventud de ese país, y en Agosto de 1814, Venezuela entera sembrada de cadáveres y cubierta de osamentas, quedó nuevamente en poder de los enemigos..

«Perdido el país, regresó Bolívar a Cartagena. Ya entonces mandaba el mismo Coronel Castillo los ejércitos de aquel Estado. Recibió a Bolívar con todas las atenciones propias de su educación y de su carácter, pero Bolívar abrigaba el rencor que engendraron en él las contradicciones justas que sufrió en Cúcuta, y más que todo, el ver realizadas las previsiones de su contradictor. Pensó entonces en apoderarse de la autoridad de Cartagena, proyecto que frustró la vigilancia de Castillo y su constante adhesión a las instituciones de su patria. Esta resistencia enconó más la pasión vengativa de Bolívar y resolvió marchar a donde estaba el Congreso. En Ocaña le llegó un número de *El Argos de la Nueva Granada*, en el cual mostré mi juicio sobre las campañas de Venezuela. Supo allí que yo era el redactor de aquel periódico, e inquirió que había sido guía lo por el juicio de mi hermano. Sobre es-

tas congeturas escribió un papel furibundo contra él, y la contestación que llegó a esta Capital en Enero de 1815 colmó la rabia de Bolívar y le determinó a tomar una venganza cruel y funesta. Signió por Cúcuta a Tunja, y allí, como dije antes, le conocí por primera vez.

«Trasladado a esta capital el gobierno general en Enero de 1815, Bolívar consiguió lo que deseaba de los magistrados, deslumbrados con el ruido de sus acciones, sin embargo de que no habían dejado más monumentos que huesos y lágrimas, que era el mando del ejército del Magdalena. Diéronsele, sin embargo, órdenes estrictas de obrar sobre Santa Marta. En sus manos estuvo ocupar aquella plaza en todo el mes de Marzo, pues el grueso de las fuerzas enemigas estuvieron perfectamente envueltas en Ocaña en principios de Febrero, y desde Mompós, donde se había adelantado, llamó precipitadamente al coronel Carabaño con todas las tropas que mandaba, con el designio de marchar con el ejército sobre Cartagena. Carabaño cumplió la orden, Bolívar marchó sobre la plaza, y La Rux que había esperado morir en Ocaña, cayó sobre Mompós y lo ocupó casi sin resistencia, porque no hubo fuerzas que defendieran aquella ciudad. El Gobierno de Cartagena llamó en su auxilio las fuerzas que cubrían la línea del Magdalena, y toda la parte del Estado a Barlovento de la plaza quedó evacuada y fué seguidamente ocupada por las fuerzas españolas al mando de Campmani.»

«Entre tanto Bolívar quiso establecer un bloqueo sobre la plaza y se situó en el Convento de la Popa. Con este motivo se derramó cruelmente la sangre de hermanos en varios encuentros parciales; se agotaron los recursos, se irritaron las pasiones, se abrieron las puertas a Morillo; más de tres mil hombres que sacó de aquí Bolívar perecieron o se dispersaron; la provincia quedó talada y Bolívar hubo de embarcarse para Jamaica el día 8 de Mayo, dejando poco que hacer a los españoles, y tramada dentro de la plaza una conspiración contra el general Castillo, de quien no había podido vengarse y a quien deseaba aniquilar.

«En Julio de aquel mismo año se aparecieron las tropas de Morillo y comenzaron las operaciones en principios de Agosto. En los días intermedios entró la salida de Bolívar y la llegada de los españoles, se conservó el General Palacios fuera de la plaza, por el lado de las Sabanas y Magangué, consumando la desolación de la provincia por aquella parte, y exasperando los ánimos hasta determinarlos a someterse a los españoles.

«Al fin Palacios con sus fuerzas, extremadamente disminuidas entró con dificultad en la plaza, donde él y sus compañeros pensaron menos en defenderla que en consumir la rebelión que había quedado tramada contra el general Castillo. Este quiso en tiempo dejar el mando porque llegó a transpirar lo que se tramaba, y en una junta de guerra en que expuso sus motivos y ofreció servir como subalterno sinó se le permitía salir de la plaza, se denegó su solicitud, se le conjuró a que continuase en el mando y se le protestó que se le respetaría y conservaría la debida subor-

dinación. El proyecto era derrocarlo con estrépito, y así se hizo al fin con escándalo de todos y oprobio de las autoridades. Obtuvo permiso para embarcarse después de haber sido privado del mando, y se impidió su salida cuando tenía ya embarcado su equipaje, del cual se sustrajeron sus papeles, que en todo evento habrían justificado plenamente su memoria y revelado los misterios de iniquidad que han quedado sin descubrirse. A tal punto llegó la perversidad, que se le impidió salir con la emigración el 5 de Diciembre por tener el bárbaro placer de verle morir a manos de los españoles, como lo consiguieron sus enemigos, quienes todavía no quedaron satisfechos con haberle sacrificado tan impiamente. El pereció, Cartagena cayó bajo el poder español, después de una resistencia heroica y eternamente memorable, sin que Morillo hubiese tenido que hacer grandes esfuerzos, porque las operaciones de Bolívar y de sus satélites le allanaron todas las dificultades.»

Y termina con el siguiente párrafo en que resalta la calumnia y la parcialidad más inauditas: «En ese largo período yo recorría diariamente y más de una vez al día, las historias de nuestras desgracias, sus causas y los agentes principales de ellas, y siempre se me presentaba como el artífice principal el General Bolívar. El dió el ejemplo de la insubordinación militar; él fomentó en Cartagena el ciego espíritu de partido, él enconó pasiones ya irritadas, él ocasionó la muerte de mi hermano y mi mejor amigo, y el abrió las puertas al feroz Morillo y a los crueles asesinos que componían su ejército, para que subyugaran nuevamente al país, lo talaran y segaran mil preciosas cabezas que difícilmente se pondrán.» [1]

Mientras la guerra civil sucumbió y se agotaban todos los elementos necesarios para la libertad de la patria, la expedición de Morillo se acercaba. Así lo comprendió Bolívar y después de mil esfuerzos para llegar a un arreglo, sólo pudieron firmarse las paces el 8 de Mayo en el cuartel de la Popa, y el 9 por la noche salió de Cartagena acompañado de su edecán Kent, su Secretario privado Briceño Méndez y los dos hermanos Carabaños. Aquellos dolorosos sucesos hicieron que Bolívar dijera: «la enemistad de Cartagena es de tal naturaleza que teme más mis sucesos que los de España.»

En Jamaica no abandonó Bolívar un momento la idea de libertar la América; solicita el apoyo de los ciudadanos influyentes de la isla, se dirige al Duque de Manchester y a Don Ricardo Wellesley, y con el mismo objeto a Londres.

Mientras tanto los habitantes de Cartagena alarmados con la aproximación de Morillo toman las últimas medidas para salvar la patria. Don Juan de Dios Amador envía como comisionado para tratar con el gobierno de los Estados Unidos, el modo de ayudar a la Independencia Americana, al ciudadano caraqueño Don Pedro Gual, y con el mismo objeto envía a Jamaica al Senador

(1) J. M. del Castillo y Rada—Memorias—Nº 40 de «Lecturas Populares.» Suplemento literario de «El Tiempo.»

del Estado Don Ignacio Cavero y al General de Brigada Don Juan Robertson. Estas comisiones no dieron resultado práctico ninguno y sus agentes fueron retirados. ¿Cuál fué la conducta de los Estados Unidos en aquella ocasión? Ellos contaban numerosos elementos de guerra y el inmenso tesoro de su Gran Nación, pero antes que la libertad de sus vecinos consultaron sus propios intereses. No fueron enemigos de la independencia americana, pero tampoco prestaron a ella—al menos en la época que historiamos—el apoyo que de ellos se esperaba. Los descendientes de Washington renegaron en aquella ocasión de la causa que hizo grande a sus padres, y la razón era obvia. Los Estados Unidos esperaban la ocasión de la Florida, y sus relaciones con España en aquel tiempo eran más o menos cordiales: un apoyo a las Colonias rebeldes hubiera hecho fracasar las negociaciones. Solo muchos años más tarde vino la doctrina Monroe a garantizar la tranquilidad de los americanos contra las pretensiones de los gobiernos europeos. Ya sabemos—nosotros mejor que ningún pueblo de América—los resultados y eficacia de la decantada doctrina. Desde los albores de nuestra independencia se desprende, pues, el proceso de las relaciones y ayuda que la nación americana nos ha prestado.

El Duque de Manchester se excusó diciendo que carecía de instrucciones de su gobierno. Sin embargo, de Inglaterra vinieron los fusiles y demás elementos de guerra, y la Legión Británica luchó por nuestra idea con abnegación y heroísmo nunca bien ponderados. Era esta una de las más críticas circunstancias porque atravesaba la causa de la Independencia Americana. Las consecuencias de la obstinación de Castillo las conoce ya la Historia, y ella le ha dado la razón a Bolívar. Hoy, juzgados esos sucesos a la luz que arrojan cien años de calma, solamente la imparcialidad de la posteridad puede otorgar al vencedor el premio.

Volvamos a Morillo y a su ejército. Salió de Puerto Cabello el 12 de Julio y llegó a Santa Marta el 23 del mismo. Al divisar las costas de la Nueva Granada hizo que don José Domingo Duarte, quien iba en clase de Intendente, dirigiese su voz a sus compatriotas, para persuadirlos de las buenas intenciones de Morillo. Este creyó haber encontrado un gran apoyo en las palabras de Duarte, pero los americanos no podían menos de oír con desprecio y desconfianza las palabras de uno que ayudaba a que en su misma patria se combatiera de manera cruel el derecho a la emancipación y libertad adquirido ya después de duro batallar. Al desembarcar en Santa Marta fué recibido Morillo, con muestras de especial complacencia de sus habitantes, no porque en realidad fueran adictos al Rey, sino que estaban cansados de presenciar y sufrir las consecuencias de la guerra civil. Allí dió una comisión al Coronel Pedro Ruiz de Porras, cuyo objeto era « desembarcar la vanguardia del ejército en *Barrancas del Rey*, sostenerla en caso necesario, di-

rigirse a Mompós, conseguido ésto, sostener este puesto a todo trance, vigilar los ríos del Magdalena y Cauca, destruir o atraer el cuerpo de Bolívar, extender la seducción a los puntos del interior, reunir y remitir víveres y caballos al sitio de Cartagena, y finalmente, amagar o atacar a Ocaña para sacar recursos y hacer una diversión en favor de Calzada.»

«Cuando Morillo emprendió sus operaciones sobre Cartagena—dice Don José Fernández de Madrid (1)—obró con la ventaja de encontrar a Mompós ocupado con las fuerzas españolas, y destruídas con las fuerzas sutiles del Magdalena, todas las baterías de aquel río, y agotados los elementos que hubo dentro de la plaza. Esta se hallaba al mismo tiempo con sus fortalezas en el peor estado con casi toda la artillería desmontada, sin almacenes, sin hombres y sin dinero; porque fueron despreciando sus demandas de socorro hasta los últimos momentos. En Cartagena se dudaba por momentos si Morillo sitiara la plaza y sólo se hicieron ya tarde algunos preparativos, «preparativos lentos»—dice Don Lino de Pombo—y en pequeña escala, casi limitados a artillar las murallas y desherbarlas, mejorar los fosos y el rebellín del frente de Santa Catalina, reparar estacadas y puentes levadizos y construir un camino cubierto de fajinas desde la Media Luna al Castillo de San Felipe; porque bastante se dudaba tener que habérselas con aquella respetable división marítima que había sufrido considerables descalabros en la Isla de Margarita.»

La situación pecuniaria de Cartagena era lo más crítica. Con la extinción del papel moneda se llegó a tal extremo, que fué necesario acuñar monedas con las vajillas de los particulares y de las Iglesias; el gobierno general, después de repetidos clamores del de Cartagena, adoptó la medida de tomar en empréstito el 78 por ciento del ramo de diezmos, con lo cual pudo remitirse para esa plaza 72.000 pesos.

«La fuerza de mar de Cartagena—dicen las instrucciones del Gabinete de Madrid—atenderá a impedir que entren víveres a la plaza, teniendo presente, que de los ríos Magdalena y Sinú se surte aquella ciudad. A esto se ha de sacrificar toda otra idea o proyecto.» Entre los oficiales españoles encargados de cumplir esta consigna estaba don Vicente Sánchez de Lima, como se deduce de la siguiente carta inédita. (2)

« Excmo. Señor :

«Siendo yo uno de los oficiales que con la columna móvil de mi mando concurrí al sitio y toma de la plaza de Cartagena en 1815, ocupando las sabanas de Corozal y privándola de la entrada de los auxilios de víveres y dineros, como todo consta a V. E., y creyéndome acreedor a la gracia que en consecuencia se sirvió S. M. conceder por Real orden de primero de Abril de 1816, ocurro

[1] Exposición de Fernández de Madrid a sus compatriotas.

[2] Archivo Colonial. Miscelánea. Tomo 168.

a la superioridad de V. E., con el objeto de que se sirva disponer el que se me despache el competente diploma si fuese de su superior agrado.

Dios guarde a Ud. muchos años.

Antioquia, Octubre 7 de 1817.

Excmo. Señor :

Vicente Sánchez de Lima."

El 4 de Agosto la fragata inglesa "Celosa" llevó la noticia a Cartagena de la aproximación de Morillo, quien llegaba con dos inquisidores que debían continuar el Santo Oficio en Cartagena: don Pedro Prudencio de Castro y don José Ordéiz; no faltaba, pues, a la expedición, ninguno de los refinamientos del verdugo; aún se conserva en la Ciudad Heroica el recuerdo e instrumentos de aquellos martirizadores de cuerpo y conciencia. Los esfuerzos que hicieron los cartageneros en aquella ocasión eran casi inútiles; era ya tarde: se creyó que el sitio duraría solamente quince días, y, poco más o menos, para ese corto tiempo, se procuraron recursos; se proclamó la ley marcial, por la cual todo varón mayor de catorce años quedaba sujeto a la autoridad militar, y ante el común peligro, todos se desprendieron de sus bienes para adquirir elementos de defensa; las Iglesias dieron sus ornamentos y vasos, las damas sus joyas, los comerciantes y particulares sin distinción todos sus haberes. Se formó un ejército de tres mil quinientos hombres que fué puesto a las órdenes de los generales Castillo y Bermúdez, de los coroneles de Narváez, Campómanes y Montilla, y de los tenientes coroneles Martín, Rivera, Herrera, Soubllette, Stuart y otros. García de Toledo y Antonio de Villanueva quemaron las haciendas de Guayepo, Barragán y el Coco para que no sirvan a los realistas, y por orden del gobierno, se incendian con el mismo objeto los pueblos de Ternera, Turbaco, y Santa Rosa y Santa Ana. Don José María Portocarrero, rico comerciante de Santa Fé, invierte su cuantiosa fortuna en armamento y materiales de guerra, y cuando cree cercana la llegada de éstos, parte para Cartagena con el objeto de recibirlo; después de lograr el desembarco de éstos, intenta la atrevida empresa de ir al interior del país, pero fué preso en Loricá y pagó con su vida sus heroicas hazañas y su acendrado patriotismo.

Se dirigieron notas a Santa Fé pidiendo auxilio y comunicando la llegada de Morillo; anuncian la pérdida de la plaza y lo vano de los remordimientos posteriores, como se deduce de la siguiente:

"Señor Secretario de Estado y R. E. del Gobierno General :

"Una parte de la expedición española salió al río y ha desembarcado en Sabanagrande, extendiéndose por Malambo y Pueblo Nuevo, ha ocupado a Santo Tomás y Sabanalarga, y a esta fecha son dueños de toda la línea del Magdalena y pueden dirigir sus marchas hácia la plaza. Su número entre infantería y caba-

lleva no asegura que asciende de 1.500 a 2.000 hombres. Nuestra fuerza al mando del Teniente Coronel Narváez, que constaba sólo de 700, y tenía su cuartel en Sabanalarga, se situó en Usiacurí, posición ventajosa, pero no capaz de contrarrestar la desigualdad de las fuerzas. Y por esta razón, como la de que la plaza misma carecía de las necesarias para cubrir la multitud de puntos que es indispensable tener fuertes y guarnecidos, se dió orden a Narváez para replegarse con su gente, como lo ha hecho, y actualmente está entrando parte de ella, habiendo dejado el resto distribuido en partidas de guerrilla en los lugares convenientes.

“Al tiempo que acontecía esta irrupción por el Magdalena y en la mañana del 18 señaló la Popa escuadra enemiga, su número, primero de 17 buques y luego hasta cuarenta y cuatro, casi todos mayores y entre ellos, trece o catorce bombarderos. La estación es la peor del año por la contrariedad de vientos y corrientes, así es que aún no han podido montar la Punta Canoa, ni verse desde la plaza. Ayer, apenas cinco buques se avistaron de la Popa, y en la primera descubierta de hoy, ninguno.

“Esperemos, pues, la hora del peligro con determinación de arrostrarle y vencerle. Todas las medidas del caso se han tomado, así para resistir a la fuerza como para prevenir el hambre; el espíritu público está pronunciado y decidido. Palacios con su división estará ya en marcha para la plaza, según repetidos avisos que al efecto se le han comunicado. No hay un hombre, por viejo o inútil, que no esté destinado.

“Para subvenir a tantos gastos como exige nuestra situación, además de un repartimiento a toda la provincia de \$ 40.000, de que muy poco podrá realizarse ya; además de ocupar todos los artículos y efectos de los particulares que se han considerado necesarios para ocurrir a tan diversas atenciones como pide el momento, se ha hecho una requisición de todas las alhajas de plata para reducirlas a moneda. No queda ya esfuerzo ni sacrificio que hacer a este pueblo: felices si con ellos logramos asegurar nuestra libertad y la de la Nueva Granada.

“La República quedará reducida a esqueleto, una República de mendigos.

“Dejada hace tiempo a sí misma, ella se ha ido consumiendo, por sus esfuerzos, y el español viene a atacarla en su mayor debilidad. La Nueva Granada, a quien he dirigido clamores incesantes, los ha oído con indiferencia e insensibilidad. Plegue a Dios que su indiferencia no le pese!! Inútil será abrir los ojos y alarmarse cuando oigan que ha sucumbido esta plaza, sin la cual, sólo la ignorancia más crasa puede esperar que haya libertad para la Nación. Los remordimientos no han de restablecer lo perdido.

Dios guarde a V. M. muchos años.

Cartagena, Agosto 20 de 1815-5.

Juan de Dios Amador. > (1)

"El auxilio mandado de Santa Fé consistente en 80.000 pesos reunidos por el Gobernador García Hevia fué puesto al cuidado de Pantaleón Germán Ribón, pero este fué derrotado con unos pocos soldados en el pueblo de Claimá, el 20 de Septiembre por Bayer, y dirigiéndose al Chocó, sorprendió a Sánchez Lima el 23 en Montería. Capturado y conducido al cuartel general expedicionario, estuvo allí preso hasta la ocupación de Cartagena, sin quejarse de su desgracia ni dejarse acobardar por el sufrimiento" (1).

"Fueron presos en aquella acción el Teniente Coronel Martín Amador, el Jefe del Estado Mayor Rafael Cardile, seis oficiales de la plana mayor, diez y seis de diferentes cuerpos hasta la clase de tenientes coroneles, diez y seis soldados y once bogas, el Dr. José Trujillo, el Diácono Braulio José Pinedo y otros individuos de tropa." (Rodríguez Villa).

"No contribuyó poco a exaltar el patriotismo, dice Quijano Otero, la captura que el comandante Tafur con un pallebot y una cañonera hizo de la fragata "Neptuno" que se dirigía á Panamá conduciendo al Mariscal de Campo Don Alejandro Hore con 18 oficiales, 274 soldados, 2.000 fusiles y otros elementos de guerra, y la llegada de la corbeta "Dardo", en la cual traía al teniente coronel José María Durán, quince mil fusiles y tres imprentas. Si este auxilio hubiera llegado antes o se hubiera introducido al interior del Atrato, como se hizo con los de la *Neptuno*, distinta habría sido la suerte de los que pronto debían ser víctimas de la saña española." (2)

"El 19 de Agosto se proveyó de víveres y fortificó la Popa, y se envió una división de bongos armados a cubrir el paso de la laguna de Tesca; y habiendo el gobierno dado orden para que se replegasen las tropas, entró en la ciudad el día 20 la división del Coronel Juan Narváez, que cubría el Bajo Magdalena. El 23 a las once de la noche entró, por las razones ya expresadas, la del Brigadier Palacios, que vino a marcha forzada desde Magangué, echando adelante todo el ganado que encontraba por los caminos. Estos esfuerzos, aunque cortos, dieron ánimo a los habitantes de Cartagena" (3).

"Las fortificaciones emprendidas y llevadas con perseverancia a buen término, consistían: primero, en una línea angulosa de parapetos con sus banquetas para fusilería y lanzas, que cerraba por el lado accesible de la meseta del Convento. Quedando el terreno con 4 o 5 varas de escarpa hacia afuera, y cuyo extremo, mirando a la plaza, daba entrada al interior por un puente levadizo sobre un foso revestido de piedra; y segundo, en un reducto circular flanqueante de estos parapetos, a espaldas de la sacristía de la Iglesia, con un mortero pedrero y dos piezas ligeras de artillería que dominaban y enfilaban la angostura superior del camino de

[1] Biografía de Germán Ribón por P. Salcedo del Villar. Papel periódico ilustrado. Tomo II. Pág. 234.

[2] Quijano Otero. Op. cit.

[3] García del Río. Op. cit.

subida. En éste se practicó una cortadura a inmediaciones del reducto, escarpado también; y en la punta del cerro se situaron dos o tres piezas de a doce, cuyos fuegos barrían el playón de Alcibia y las orillas de la laguna de Tesca. En lo material, todas las defensas eran por el estilo de las que acostumbramos levantar sobre el Magdalena: estacada doble maciza, bien enterrada y trabada, con forro interior de tabla o ramaje y relleno de tierra.» (1)

También el gobierno de Cartagena viendo la escasez de víveres envió comisionados a los Estados Unidos y a las Antillas y para facilitar la introducción de éstos dictó providencias las más amplias y favorables. Se fortificaron todos los puntos de la plaza colocando en ellos a distinguidos oficiales.

«Mandaba en la Popa el general Francisco Bermúdez, cubano, recién emigrado de Venezuela; y cuando éste reemplazó a Castillo en la plaza, a mediados de Octubre, por el indecoroso arbitrio de un motín militar, quedó la comandancia a cargo del teniente coronel Carlos Soublotte. El noble y simpático inglés Stuart, distinguido oficial de cazadores que de tiempo atrás prestaba con amor sus servicios al Estado de Calamar, y que por ellos estaba destinado a morir en un banquillo en 1816, junto con García de Toledo y otros patriotas ilustres, se instaló como jefe en el reducto, atraído por su importancia clásica, y pasaba en él las noches reclinado sobre la carronada del mortero, con la mecha encendida al lado. Recuerdo allí presentes a Carreño y Piñango, y a otros militares de lucido porvenir. Al principiarse las obras de fortificación, subía yo diariamente a pié dos veces, de la ciudad al cerro y pernoctaba abajo; después quedé incorporado a la guarnición por algún tiempo. Mi acompañante, asiduo en la supervigilancia de los trabajos, y quien durante mi ausencia llenaba oficialmente en cualquier eventualidad mis funciones, y quien más me auxiliaba en la difícil tarea de proteger contra ruines insultos a los obreros españoles, era un joven venezolano de nariz bien perfilada, tez blanca y cabellos negros, ojo observador, talla mediana y pocas carnes, modales finos, taciturno y modesto; a este joven oficial, la providencia en sus altos designios, lo tenía previsto para figurar un día en el catálogo de los más esclarecidos guerreros, libertadores de la América del Sur, con el glorioso título de gran Mariscal de Ayacucho.» (2)

La juventud más floreciente, lo más granado de la nobleza colonial, las más caras esperanzas y cimientos de la naciente República se dieron cita en el recinto de las viejas murallas de la ciudad de Heredia, para que al duro precio de sus vidas fuera una realidad la libertad de un mundo, para que con su sangre se tiñera la bandera de la patria, y para que con su ejemplo ésta signiera libre, como el sol que alumbró nuestras victorias, y poderosa, con las energías y patriotismo de sus hijos, hasta alcanzar el primer puesto entre las naciones libres de América. Se dan allí

(1) Lino de Pombo. Op. cit.

(2) Idem. idem

la mano los viejos, veteranos con los adolescentes; Bermúdez, el valeroso cumanés que desde la flechera «Golondrina» reta a los filibusteros de Morillo a singular combate, Sublette adolescente y bello como un Apolo, que después de ser león en Cartagena es exterminador de los realistas en los valles de Aragua y Maracaibo; de Narváez, valeroso como Aquiles, y cuyos sufrimientos y aventuras al evacuar la plaza sólo pueden escribirse con lágrimas; de Pombo más tarde hombre público notable, y escritor distinguidísimo; Piñango el valeroso, que muere por su propia mano antes que entregarse al enemigo; García de Toledo y Ribón y los Gutiérrez de Piñerez, patricios de abolengos notabilísimos, abogado y juristas, antiguos empleados del virreinato en delicados cargos. Díaz Granados, Ajos y Padilla, levantan con su heroísmo el pedestal para la gloria eterna de sus nombres, y todos los de la ilustre Cartagena escriben para la historia de Colombia una página inmortal.

«El 22 quedó perfectamente bloqueada por mar y por tierra la plaza de Cartagena, habiendo distribuido Morillo las tropas en acertada combinación para su recíproco sostén en los puntos de Guayepo., a cuya enseña había ya bajado el convoy, Barragán, Palenquillo, Ternera, Torrecilla, donde se hallaba el cuartel general, Turbaco, Mamonal, Pasacaballos, etc., desde cuyos puntos se hacían repetidas salidas y se observaba constantemente la plaza. En esta disposición, no podía ser socorrida del interior ni recibir cosa alguna por mar. No envió Morillo, ni pensó en enviar ningún parlamentario por no ser dignos de esta consideración militar unos rebeldes que habían despreciado con el más insultante orgullo y falta de decoro cuantas proposiciones les había hecho anteriormente el digno caudillo de nuestros ejércitos, por cuyas razones fuera imprudente el exponer las armas del Rey a nuevos desaires e insultos. Mucho más cuando también a esto se agregaba el hallarse estos malvados en tal grado de obstinación que habían incendiado todos los pueblos y caseríos inmediatos, retirando cuantos recursos había y haciendo encerrar en la plaza a los míseros habitantes que no pudieron a tiempo ocultarse, después de haberles reducido a cenizas cuanto tenían: todo con el objeto de hacer perecer al ejército español de necesidad, en lo cual, y en la cruel influencia del clima, fundaban sus mayores esperanzas; y no dejaban en esto de estar bien fundados, pues las miserias y penalidades que sufrieron nuestras heroicas tropas no hay quien las describa.» (1) Verdadera falta de previsión fué de parte del gobierno el que la gente inútil para la guerra: niños, ancianos y mujeres permaneciesen dentro de la ciudad. Los escasos comestibles de que disponían los patriotas se acabaron rápidamente y los estragos de este cruel enemigo más implacable que el fuego y las bayonetas del contrario, hicieron los horrores de aquel

(1) Rodríguez Villa.

sitio memorable. A Don Manuel del Castillo se le declaró responsable de este suceso, ya fuese porque en realidad lo fuera o por sospechas que se tenían de estar de acuerdo con el enemigo; el hecho fué que se le destituyó del mando y en su reemplazo entró Bermúdez.

«Hay dentro distintos partidos de naturales y venezolanos de los que vinieron fugitivos con Bolívar, y otros que fueron llegando antes del bloqueo, de los que se separaron de las provincias de Venezuela al arribo de la expedición a aquellas costas, y de extranjeros, franceses, ingleses, italianos, y toda clase de hombres perdidos, que después de no hallar acogida en parte alguna, se han refugiado en esta nueva guarida de fanáticos y malvados. Precisamente éstos y los venezolanos son los más obstinados en la defensa de la plaza y en mantenerla en su rebeldía; principalmente los caraqueños, teniendo a un tal Bermúdez por cabeza, que se escapó de Margarita al llegar el ejército, han desposeído del mando de las armas a Don Manuel del Castillo, con el pretexto de que vendía el pueblo y quería entregar la ciudad, sin embargo de que todos abrigan los propios sentimientos y en nada menos piensa ninguno de ellos que en reconciliarse con la Metrópoli y subordinarse al Rey N. S., insensibles a las desgracias del infeliz vecindario, a quien por su particular ambición o seguridad sacrifican al hambre y a las bayonetas.» [1]

Morillo fijó su cuartel general en Torrecilla desde donde dirigió sus proclamas a los habitantes de Cartagena y a los extranjeros que en ella se encontraban, ofreciendo lo que él no podía conceder: el perdón. Perdón hubieran tenido que pedir a la humanidad aquellos heroicos defensores, si hubieran entregado aquella plaza baluarte de la libertad. «La escuadra andando por la parte del Este, formando una línea recta desde *Punta de Canoas* hasta la aproximación de la ciudad, compuesta de unos cuarenta buques entre fragatas y bergantines de transporte, los más de éstos, con letras de marca, según sus pabellones; continuando ésta por la carrera desde el frente de la ciudad, Bocagrande, Tierrabombá, hasta enfrentar con Bocachica que es la entrada del Puerto. Esta está defendida por los castillos de San Fernando, mandado entonces por el coronel Ducoudray, francés; el Ángel por el comandante Zata y Bussy, venezolano, y San José por el comandante Pedro León Torres, también venezolano.

«Esta línea comprendía los buques de guerra siguientes: a continuación de los mercantes ya indicados, seguían las fragatas de guerra *Atocha*, idem. *Diamante*, corbeta *Diana*, bergantín *Jasón*, goleta *Centinela*, idem *Florida Blanca*, *Queche*, *Tritón*, bergantín *Celoso*, fragata *Perla*.

La *Diana* enarbolaba la insignia, fuera del tiro de cañón de Bocachica; intercalaban a esta línea de buques, dos místicos bom-

(2) Relación sobre el estado en que deja el Nuevo Reino de Granada el Exmo. Señor Virrey Don Francisco de Montalvo, en 30 de Enero de 1818 a su sucesor Exmo. Señor Don Juan Sámano.

barderos y cañoneros que diariamente mudaban sus posiciones entre las líneas que aquellos ocupaban.

«DEFENSA de la PLAZA de CARTAGENA

«Esta plaza era defendida por poco menos de 3.000 hombres, sin embargo de que si hubiera sido doble había donde colocarlos, en tan gran número de puestos militares. Mandaba en jefe el benemérito General José Francisco Bermúdez, su mayor General era entonces el Coronel Mariano Mentilla, su Gobernador el señor Juan de Dios Amador. Sus principales puntos de defensa eran ocupados por los jefes siguientes :

«Fortificaciones exteriores: Cerro de la Popa, por el entonces Comandante *Carlos Soublette* y los Capitanes entonces *Piñango, Borrás, Cala, Lugo, Ibarra, Tirado* y otros oficiales más.

«La ciudadela de San Felipe de Barajas, el General de Brigada *Florencio Palacios*, Capitanes *José María Palacios, Santinelli, Guevara* y otros Oficiales.

«Jetsemaní o pueblo exterior, Medialuna y su puente, defendido por la cortina de aquel nombre, por el Teniente Coronel *N. Romero* (a. motón necio). Cortina y batería del Arsenal, por el Brigadier de Marina y Comandante del Departamento *Juan Nepomuceno Estaca*.

«Plaza interior de Cartagena :

»Desde la cortina del puente hasta la batería de San Pedro Mártir, por el Coronel de Ingenieros *M. Anguiano*; cortina de Santa Catalina, el Coronel de Artillería *Cortés Campomanes*. Cortina de Santo Domingo, el Teniente Coronel *N. Martínez*.

«Flotillas que defendían varios puntos que podían flanquearse igualmente que a todo el puerto.

«*Ciénaga de Tesca*. Para cubrir la falda y camino del Cerro de la Popa y evitar la entrada de la flotilla española por el mar, las cañoneras números primero y segundo, tres bongos de guerra y una falúa a las órdenes del Teniente de Navío entonces, *Rafael Tono*.

«Boca Grande", una fragata mercante desarbolada, con 4 piezas montadas, de grueso calibre, y las balandras de guerra *Micomicona* y *Concepción*, a las órdenes del Teniente de Fragata entonces, *Matías Padrón*.

«Pasa Caballos o Caño del Estero, cinco bongos de guerra, y una falúa, al mando del Alférez de Navío *Vicente Parrada*.

«Una flotilla para recorrer toda la bahía y atender a los puntos atacados, constante de las Goletas de guerra *Constitución, Estrella, General Bermúdez, Republicana* y los Pailebot cañoneros *Ejecutivo* y *Pogoso*, a las órdenes del Teniente de Navío *Luis Aury*. [1]

[1] José Felix Blanco. Documentos para la vida pública del Libertador. Tomo 5.

“A pesar de las lisonjeras esperanzas que este oficio hacía concebir a Morillo de un triunfo casi seguro, la escuadra padecía mucho por el largo crucero y por los vientos, de tal suerte, que la fragata *Efigenia* se vió precisada a buscar un anclage al abrigo de la Isla de Barú. Los sitiados determinaron abordarla en circunstancias de que los otros buques enemigos fondeados a Barlovento a distancia de tres leguas y media, no podrían favorecerla en las calmas periódicas de la mañana. El General Castillo dispuso se embarcasen 400 hombres escogidos, y parte de su Estado Mayor a bordo de los buques que se habían calculado necesarios para la empresa, los que mandaba el capitán Don Luis Aury. Este, que era de un partido contrario a Castillo, suscitó dificultades para el ataque de la Fragata, contravino a las órdenes e hizo un desembarco en la Isla de Barú sobre Santa Ana, bajo pretexto de apoderarse de aquel punto y apoyar el abordage de la “*Efigenia*”. Verificado el desembarco en desorden y sin precaución, se encaminó la infantería al pueblo de Santa Ana con parte de las tripulaciones de los buques. Cuando menos lo esperaban, fueron los republicanos atacados por las fuerzas españolas que mandaba el teniente coronel de ingenieros, Don Juan Camacho, dispersándose la columna, que perdió 25 muertos, treinta y cinco heridos y ciento treinta fusiles reembarcándose el resto precipitadamente. Así abortó el plan primitivo, pues los oficiales extrajeros que mandaban los corsarios promovieron competencias y desobedecieron las órdenes del general Castillo, quien tuvo que regresar a la plaza.” (1) La pérdida de esta Isla fué funesta para los patriotas, dado que de allí era donde esperaban sacar algunos recursos para aumentar los que ya estaban escaseando en la plaza. Esta estaba cercada por todas partes. A donde quiera que los patriotas dirigieran sus miradas, tropezaban con las lujosas tropas expedicionarias. Y era de observarse el contraste de aquellos filibusteros ricamente equipados con las extenuadas tropas libertadoras. Los sitiadores creían que la plaza estaba bien provista, más tarde se convencieron de lo contrario, nó sin admiración, de tan aguerridos adversarios. Creían también que Cartagena auxiliaba con armas a Santa Fé, como lo dice Don Manuel Zequeira en la siguiente comunicación inédita:

“Señor Capitán General:

“Por un individuo que fué hecho prisionero por un buque de los insurgentes y fué desembarcado en la costa, se sabe que el referido buque salió el día 14 del pasado de Cartagena cuya tripulación—decía—que de dicha plaza habían salido 6.000 fusiles para la Capital de Santa Fé, que iban a introducirse por el Chocó, y que habían encontrado dos canoas que traían 200.000 pesos en oro en polvo con destino a Cartagena remitidas de Santa Fé. Así mismo—añade aquel individuo—que los cartageneros tenían 4.000 barriles de harina dentro de sus almacenes.

[1] Restrepo, op. cit.

“ Hemos tenido la desgracia de que el mismo corsario insurgente ha apresado a Barlovento de la abuja (?) al bergantín Georgiana que había salido de este puerto al de Río-hacha después de haber dejado aquí 55 reses y 60 cabalgaduras, llevándose prisionero al hermano del gobernador, Don Gonzalo de Aramendi y al capitán del Bergantín, Don Mariano Llorens.

“ Este chasquí me ha sido pedido por el comandante de Marina Don Torcuato Piedrola, creo que con el objeto de participar al señor Don Pascual Enrile no ser de recibo varios de los renglones que han venido de Jamaica con el señor Intendente del ejército, y yo aprovecho la ocasión momentánea de comunicar a V. S. aquellas particularidades, reservándome dar parte en otra oportunidad de los competencias que por ridículas pequeñeces de estilo ha entablado conmigo el encargado del Supremo Gobierno.

“ Dios guarde a V. S. muchos años.

“ Santamarta, Septiembre 7 de 1815.

Manuel Zequeira.

“ Señor Presidente Gobernador General del Reino de Granada Don Francisco de Montalvo. » (1)

« Un día, a fines de Septiembre—dice el Doctor Camilo S. Delgado—(2) los defensores de la plaza de Cartagena, Juan de Dios Amador y Manuel del Castillo llamaron a Sanarrusia a su despacho y le hicieron saber que era de necesidad hacer una salida hacia Sotavento para traer víveres, pues ni añadiendo a quinientas reses los pocos caballos que existían y las mulas y los burros y los gatos y los perros, podría la plaza sostenerse por más 40 días.

Aceptó Sanarrusia la comisión y junto con su amigo el Alférez Martín, escogió doscientos hombres aguerridos entre la tropa, y embarcándose todos en un bongo de guerra con un cañón de a cuatro y cinco cañas, salieron una noche en dirección al Estero, después de comunicar a sus soldados órdenes severas sobre la actitud que debían observar al pasar frente a Pasacaballos donde había un fuerte destaeamento español.

A las dos de la madrugada divisaron las luces del poblado.

Pena de la vida el que hable o haga ruido—comunicó Sanarrusia.

El momento era solemne; y todos, arma al brazo, estuvieron atentos.

De pronto un soldado tosió, Sanarrusia voló hacia él y poniéndole la punta de un puñal en la región del corazón, le dijo en voz baja: «vuelve a toser y te mato.»

Se encontraban precisamente al frente de Pasacaballos a pocas brazas de distancias. Sanarrusia aguzó el oído. En el pueblo reinaba profundo silencio. Las embarcaciones impulsadas por la brisa, pasaron y entraron en el Caño del Estero. Todo salió felizmente. Sanarrusia consiguió en las poblaciones ribereñas lo que

[1] Archivo Colonial. Real Audiencia. Tomo 9. Pág. 275 b.

[2] Tradiciones y Leyendas de Cartagena—Tomo 4º pag. 119

deseaba, esto es, víveres en abundancia. Se dispuso el regreso a la ciudad, y reinó alegría hasta el Caño de Nangota. Era la una de la tarde del tres de Octubre.

El capitán de zapadores, español, Don Sebastián Díaz, comunicó la noticia al general en jefe del ejército en la siguiente forma, que corre publicada en el *Boletín* número 11.

«Habiendo oído a la una del día de hoy, desde este punto, [Estero de Pasacaballos, en el Mangle] algunos cañonazos y a poco tiempo tiros de fasil hacia la entrada del *Estero* por la parte de *Santa Ana*, creí desde luego era el convoy enemigo que aguardábamos, y que el capitán Sicilia atacaba por retaguardia según habíamos convenido. Al momento me embarqué con cuarenta hombres de la primera compañía de cazadores y algunos de la segunda. Como las circunstancias habían variado por ser de día, y los apostaderos iban a ser descubiertos, coloqué en el flanco derecho de la enramada o trampa una emboscada de treinta y cinco hombres, mandada por los capitanes Don Pedro Alcantara Moreno y Don Fabián Pérez y el Teniente Don Antonio Fernández, con instrucción de dejar al enemigo hasta la enramada, donde debían hacer una descarga y arrojarle a él con machete en mano. Otra canoa con 16 hombres se situó en el caño de Nangota; en esta disposición mandé retirar las Canoas, resueltos todos a morir o vencer. Se pasó más de media hora sin oírse fuego, pues el capitán Sicilia llenó mis deseos metiéndolos en el Estero. Muy ufano el enemigo por haberse librado de ese encuentro, llegó batiendo caja hasta el obstáculo; hizo fuerza para vencerlo y quedó clavado el bongo de guerra.....»

Sanarrusia comprendió desde el principio la emboscada en que había caído y dió el grito de atención. Sonó una descarga que no hizo blanco.

Los patriotas se pusieron de pié y se prepararon para la lucha.

Una segunda descarga mató a dos o tres hombres e hirió a unos pocos.

¡Fuego! gritó Sanarrusia.

Y las armas de sus soldados tronaron con dirección al punto de donde se les atacaba.

Estamos perdidos, pensó Sanarrusia.

Y en voz alta, de manera que pudieran oírle los suyos, exclamó: ¡Muchachos, morir matando!!

Y mientras se peleaba con denuedo, los bogas con las palancas trataban de sacar las cancas del angosto cuanto tortuoso caño. De pronto se detuvo la que iba a la vanguardia y el alférez Martín, de la cual era jefe, gritó a Sanarrusia: Está cerrado el paso! —Pues a defendernos, no hay otro remedio.

¡Viva el Capitán Sanarrusia!—gritaron los criollos.

¡Viva la patria!—respondió Sanarrusia.

El combate se hizo general y se peleó de una y otra parte con bizarría. Pero los españoles eran en número abrumador y crecidas las bajas de los cartageneros.

El alférez Martín se batió fieramente con tres oficiales espa-

Choles (1) a quienes dió muerte; pero herido gravemente, cayó al agua y se ahogó.

Los españoles avanzaron. Uno de ellos gritó a Sanarrusia: —Ríndete!

Un demonio!—replicó Sanarrusia. Mas viéndose perdido, sacó una pistola y se levantó la tapa de los sesos.

Los ochenta patriotas quedaron en pié, ante el inesperado hecho de su jefe, se llenaron de pavor y se rindieron. Un soldado se acercó al cuerpo de Sanarrusia y de un sablazo le cortó la cabeza. ¡¡¡ Magnífico trofeo para regalo al general!!! Exclamó uno. Cierta replicó el soldado. Seguiré el consejo.

El General a quien se referían era Don Pablo Morillo, en aquel entonces en Torrecilla, donde tenía establecido su cuartel general.

Cuando al día siguiente le presentaron la cabeza de Sanarrusia, después de contemplarla un momento, dijo despreciativamente: Entiérrenla en la caballeriza.

Y la orden fué cumplida.

Así se perdió uno de los más bravos capitanes y el importante auxilio que éste traía a la plaza. Esta estaba en los momentos más angustiosos. El hambre había llegado con toda su corte de miserias y enfermedades; pero sus defensores habían jurado morir antes que *capitular con los españoles o volver a su dominación*. Era un reto formidable.

Se estremece la líquida llanura
Y canta ante la voz de los cañones,
El himno de los libres tu bravura.

Que detrás de tus épicos bastiones
En esos pechos de valientes latén
Ebrios de patrio amor los corazones.

(Diego Uribe.)

Existe en el Archivo colonial la siguiente orden firmada «Puesto y dirigido», que no deja de tener importancia.

«Reservada. Han salido de Jamaica algunos buques, entre ellos la “Culebra”, corsario habilitado por Bolívar, los cuales tienen orden de dirigirse a Cartagena con víveres, y en el caso de que se avisten con la escuadra decir que se dirigen y efectivamente hacer rumbo a ese Puerto, en donde también podrán entrar con el pretexto de vender los mismos víveres. Su tripulación regularmente será extranjera y además llevan armas ocultas. Por lo que prevengo a Ud. que en la visita de cualquier buque que por notarse alguna de las circunstancias dichas u otras semejantes, parez-

[1] De los tres, uno figura en el Boletín número 11 con el nombre de Capitán Moreno, de la 3ª de cazadores, y el otro con el de Teniente Fernández.

ca sospechoso, se haga el más prolijo examen y en caso de hallarsele armas o cosa que indique que iba para Cartagena, sea inmediatamente confiscado y se proceda contra él y su cargamento conforme a la Real Cédula, que habla de los buques que salieren de puerto en insurrección y entre en alguno de los fieles al Rey.

«Si el buque de las calidades dichas fuere mercante inglés y no comprendido en la citada real Orden que habla de distinto caso, será detenido y se me dará parte, con remisión de las diligencias.

«Y si de guerra, no empeñará Ud. lance, aunque esto no puede verificarse por no acostumbrarse registrar semejantes embarcaciones.—Dios etc.

Octubre 26 de 1815.

Señor Gobernador de Santa Marta.

«Puesto y dirigido»

En el mismo tomo se encuentra una comunicación análoga que dice:

«Con la toma de Pasa-Caballos han perdido los rebeldes un punto esencial que les impide la introducción de víveres en la plaza. Hacen cobardes e inútiles esfuerzos por recobrar dicho puesto, pero todas sus tentativas cesan al momento que llega el caso de comprometer acción en tierra. El Teniente de Navío de la Real Armada Don Francisco Topete ha apresado una goleta que montaba un cañón de a 14, y dos bongos más de guerra que conducían víveres desde Sinú. Por las demás partes se formaliza un sitio riguroso a fin de que a la plaza no le entre el menor socorro.

«Dios guarde a V. M. S.

«Cuartel general de Torrecilla, a 7 de Septiembre de 1815.

Francisco de Montalvo.

«Señor Gobernador de Santa Marta.

«Se trasladó al señor Bierna: “añadiéndole lo que le comunico a V. S. para su noticia, habiéndolas dado ya a ese gobierno.”

Puesto.

Con la pérdida de estas posiciones quedaba Cartagena completamente cercada y privada de los recursos que de cualquier parte se le pudieran mandar. En estas circunstancias las autoridades de Cartagena pensaron en ponerse bajo la protección de las autoridades inglesas establecidas en Jamaica, pero el gobernador de aquella isla se excusó de intervenir en este suceso.

«Así no sabían ya los defensores de Cartagena cómo resistir a los estragos del hambre. Los alimentos de toda especie se habían acabado. Durante el sitio se vendió el barril de harina a ciento cincuenta pesos, los huevos llegaron a valer a cuatro pesos

cada uno, y cada gallina a diez y seis; más ya se había consumido *todo* y ni aún el rico podía obtener con que mitigar el hambre. todo parecía haberse conspirado contra aquella infeliz ciudad. Nunca fueron los vientos y las olas más furiosas que en tiempo del asedio; y combinándose hasta la tempestad con el enemigo, se perdió en el mes de octubre un convoy de nueve velas que conducía víveres de Jamaica. Para que se viesen renovados en Cartagena todos los horrores del sitio de Jerusalén, sólo faltó que se consumiese carne humana; a excepción de este manjar repugnante, aún a la misma necesidad, todos los demás, por inmundos e insalubres que fueron, se sirvieron allí en la mesa del pobre y en la del rico. Perros, caballos muertos, ratas y cueros cocidos, todo cuanto se podía hacer á las manos para prolongar la vida algunos días, ó algunas horas siquiera, otro tanto lo devoraban os habitantes. Con semejantes alimentos, no quedó persona alguna en pié; toda la población se enfermó; por las calles no se veían más que cadáveres y espectros ambulantes que frecuentemente exhalaban el último aliento al lado de aquéllos. ¡Y con todo, no se alzó una voz para proponer capitulación.» (1)

Viendo la obstinación de los sitiados, a fines de octubre propuso Morillo bombardear la ciudad, consiguiendo sólo destruir algunas casas y dar muerte a niños y mujeres. La antigua ciudad con sus estrechas calles al estilo morisco, era ya un cementerio; veíanse en ellas al anciano que lloraba la suerte de sus nietos hambreados, que ya sus hijos habían muerto gloriosamente en las trincheras; todo era desolación en la opulenta ciudad de antaño; en las señoriles mansiones donde en un tiempo reinó la alegría, eran centro ahora de la desolación y la tristeza; el cielo claro del trópico mostraba ahora el color obscuro de la desesperanza y el aire antes purificado por las brisas marinas y los frondosos cocoteros y manglares, pestilente por la multitud de cadáveres que encerraba la ciudad, hacía intolerable la vida de sus escasos y exánimes habitantes.

En aquellos supremos momentos se echó mano de los últimos recursos, los más nauseabundos manjares fueron devorados por los cartageneros ofrendando por la libertad uno de los más grandes sacrificios y demostrando a sus opresores y al mundo entero hasta dónde llega el poder de los hombres que defienden y luchan con verdadera fé por grandes ideales. Cambió entonces la ciudad su antiguo título de *noble y leal* por el de *mártir y heroica*; la hija, sin renegar de su preclaro abolengo, tomaba para sí el nombre que le daba una hazaña gloriosa. Las más gallardas proezas se realizaron entonces al rededor de los espesos muros de la ciudad de Heredia, mientras Morillo contemplaba desde Torrecilla la lucha desigual que la opresión empeñaba con la libertad. Así en escaramuzas, midió las fuerzas de sus contrarios y cuando los creyó suficientemente debilitados, les envió un comisionado proponiéndoles la paz y ol-

[1] García del Río. Op. cit.

vido de lo pasado si entregaban la ciudad. El enviado, después de convencerse del estado en que encontraba la plaza, regresó diciendo a su jefe, que ese puñado de héroes antes que entregar una sola de sus fortalezas, teñirían primero las ondas de la bahía con la sangre ya escasa que corría por sus venas.

“ En la madrugada del 11 de Noviembre fué atacada la Popa por una columna de ochocientos hombres escogidos, que acaudillaba el más distinguido oficial de cazadores del ejército español, el teniente coronel Maortua, y que, al favor de las tinieblas y de un profundo silencio, había logrado preparar sin ser sentida ni ofendida. Las fortificaciones, sus leales defensores que no llegaban a doscientos útiles, y su hábil jefe Soublotte, correspondieron dignamente a las esperanzas fincadas en ellos, luciéndose, sobre todo, por su tino y sangre fría, el comandante Stuart, inmóvil en su reducto. Parte del combate se sostuvo cuerpo a cuerpo y a la bayoneta en la línea de los parapetos que escalaron sin salvarlos algunos oficiales y soldados y un valentísimo corneta; llovían sobre la meseta interior las granadas de manos enemigas, y sobre los pelotones enemigos la metralla de Stuart, en tanto que hacía su oficio el fusil, a pecho descubierto en el ataque y con mediano abrigo en la defensa. En menos de tres cuartos de hora la función había concluído al sonoro grito de ¡ Viva la Patria! y los asaltantes descendían precipitadamente en derrota bajo el mortífero cañoneo de las baterías de San Felipe, dejando tendidos los cadáveres de muchos de sus compañeros al pié de las escarpas y en un largo espacio de las faldas adyacentes: el bravo Maortua quedó exánime a la orilla del fosó.” (1)

“ Viene de aquella memorable noche—dice Quijano Otero—una notable palabra que corre hoy como proverbio en Cartagena y sus contornos. Cuando Maortua y sus valerosos compañeros llegaron en silencio hasta los parapetos y rebellines del Castillo de la Popa, fueron notados por varios jefes, que a su vez guardaron silencio y se apercibieron. Recortadas ya varias escalas, y creyendo así asegurado el asalto, subieron los primeros por la parte confiada a Piñango, y como uno de ellos dijese en voz muy baja al oficial que vigilaba al pié: “ Ya son nuestros! ”; el jefe, no pudiendo contenerse más tiempo, contestó con voz que pudiera dominar un campamento, y empezando por una expresiva interjección: “ No que aún vive Piñango.” El primer tiro que sonó, dejó muerto al asaltante. Luego el Castillo se inflamó, y las escarpas y el declive quedaron cubiertos con los cadáveres de los valerosos y desgraciados asaltantes. ¡ Aún vivía Piñango! ”

Con motivo de esta denodada acción el gobierno envió a los vencedores, como el mejor presente, veinte cueros para comer y tres pipas de vino.

[1] Lino de Pombo. Op. cit.

“ El trece del mismo, reforzadas considerablemente las tropas realistas y las embarcaciones acoderadas en “ Caño de Loro ” y otros puntos de la bahía de Cartagena, atacan en este tercer día las fuerzas marítimas y sutiles de la plaza, que por su debilidad consecucencial del hambre que experimentan, se ven obligados a replegarse a la fortaleza de “ San Sebastián del Pastelillo ” y los sitiadores ocupan toda la parte principal de la bahía de “ Tierra-bomba ”, incendian esta población y sus habitantes se retiran a los castillos de Bocachica ” (1). Cada día se estrechaba más y más el riguroso sitio, y los estragos que éste causaba aumentaban por momentos. Acosadas por el hambre y la desesperación algunas personas empezaron a abandonar la ciudad saliendo por la puerta de Santa Catalina, buscando socorro y auxilio en donde sólo podían encontrar la cuchilla del enemigo que pusiera fin a tan miserable existencia.

“ A principios de Diciembre los defensores, diezmados por el hambre, creyeron llegado el momento de tomar una decisión que los llevara a cualquier fin, menos al de capitular con los españoles. Jugaban el todo por el todo, pero la necesidad los obligaba; el 4 de ese mes habían muerto en las calles de la ciudad trescientas personas. Más eficaz que el fuego enemigo el hambre había silenciado nuestras baterías y ante el horroroso espectáculo que la ciudad presentaba, ya no se pensó sino en conservar la propia existencia. El gobernador, Doctor Juan Eñías López, reunió algunos vecinos y les comunica la horrible situación. La plaza rodeada por fuerzas tan superiores, la inutilidad de los esfuerzos que hacían, declaró al efecto su intención de no capitular con las fuerzas españolas sino de evacuar la plaza al día siguiente; y manifestó que habría pronto once buques entre bergantines y goletas para recibir a todos los que pudieran embarcarse y quisieran correr el riesgo de abrirse pasapor en medio de la escuadra y de las baterías enemigas. Todo el que pudo levantarse de su lecho acudió a bordo de aquellas embarcaciones, última esperanza de su valor; claváronse los cañones de las murallas, en la Popa y San Lázaro; y a ejemplo de los de Tiro, de Teos y de Fosea, se embarcan el 5 de Diciembre más de dos mil cartageneros. Fondean los buques en Bocachica en medio del vivo fuego que hacía el enemigo; recogen a los que de aquella guarnición se hallan capaces de moverse; rompen por entre la escuadra española, y con sus mujeres, sus hijos y sus más preciosos efectos, se van en busca de un asilo que los preserve de la dominación peninsular. Magnanimidad notable de aquel pueblo, que hasta en su caída nos admira e infunde respeto.” (2) No fué menos terrible que el sitio aquella noche trágica y la osadía de aquellos valientes, no ha tenido igual en la historia de América. Aquella retirada vale por muchas batallas. Así luchaban los americanos por su libertad. El desfile de aquellos emigrantes reviste los caracteres más trágicos; como una visión apocalíptica fueron abandonando la ciudad los restos de las numerosas

[1] M. E. Corrales. Anales y Efemérides del E. S. de Bolívar.

[2] García del Río. Op. cit.

familias que dejaban dentro de las murallas a sus hijos muertos. La ciudad, cual si fuese maldita, sólo abrigaba muerte y espanto; los ojos turbios de los emigrantes contemplaron entonces el horizonte y él les mostró los peligros futuros. Las débiles barcas ante las olas embravecidas surcadas por naves hostiles. Un recio temporal separa las embarcaciones hermanas en desgracia; y siguiendo por rumbos distintos, unos imposibilitados para oponerse a las fuerzas ciegas de la Naturaleza, perecen en apartadas playas, otros menos afortunados como García de Toledo, Díaz Granados y A-yos, caen en poder del enemigo y otros mueren de las descargas que el enemigo les hace, a la salida, desde veinte y dos embarcaciones cañoneras y obuseras y doce piezas de grueso calibre montadas en diferentes partes, a pesar de lo cual, siguieron su rumbo dispersando la flotilla española que se les opuso a la salida.

“El faluchito en que salió Stuart, por estar casi a pique, se ocultó la misma noche de su salida en las Islas del Rosario, situadas al frente y a poca distancia de Bocachica; allí fué apresado y conducido a Cartagena.”

“El corsario *Presidente* se dirigió a las Islas de *San Blas* para reparar el desarbole de su palo de trinquete.»

“La Goleta *Gobernador* de resultas de una bala recibida en su fondo que la ponía a pique, varó en las playas de la Costa de Puerto Belo, allí perecieron de necesidad los Señores Comandante Sata y Bussy, y otros varios oficiales y tropa; sobrevivieron el señor García del Río y otros pocos que fueron apresados y conducidos a Cartagena; aquél, en unión de los Señores Coronel Castillo, Anguiano, y capitán Stuart, fueron fusilados en la plaza de dicha ciudad.»

“La goleta mercante *Gran Sultán* que conducía varias piezas de artillería zozobró frente al puerto de los Cayos de San Luis; de las muchas personas de tropa y oficiales que conducía, sólo se salvó del naufragio el Señor Jerónimo Tinoco.»

«La goleta de guerra *General Bermúdez* a consecuencia de dos balas que recibió en su fondo, hecha una balsa, llena de agua, logró anclar en la ensenada de Cochina, Isla de Obua; de 147 personas que llevaba a su bordo sobrevivieron 17 esqueletadas de necesidad; entre estas, una mujer llamada Clemencia, que hizo el papel de Judas para con aquellos. Así fueron apresados y conducidos a la cárcel de Trinidad y de ésta a la de la Habana. (1)

«Mi Goleta—dice Don Lino de Pombo—desorientada, encalló sobre las rocas a la tercera noche, en la costa del Istmo de Panamá, al Norte de Chagres, frente a la boca del río Coeló, y su capitán tuvo que abandonarla, después de habernos echado en tierra.»

«La Goleta “Estreila” [2] y otros buques recalaron a las costas del *Darién* y encontrándose con los dos hermanos Fernando y Miguel Caribañó que venían a Cartagena en el corsario “Federigo”, éstos supieron la evacuación de la ciudad, y con doscientos de los emigrados de diferentes buques resolvieron penetrar por

[1] José Félix Blanco. Op. cit.

(2) García del Río. Op. cit.

el Atrato al Chocó en la lancha cañonera "Concepción", que también había salido de la plaza; pero ésta se varó en la embocadura del "Atrato". Muchos de los emigrados perecieron y cincuenta cayeron poco tiempo después en manos de los españoles.

«Otro buque americano fué apresado en la boca del río "Caimito", costa de *Veragua* por el corsario español *La Flecha*, viniendo al poder de sus fieros enemigos en estos diferentes puntos los Doctores García de Toledo, Ayoa, Granados y otros que fueron remitidos a Morillo para expirar en un patíbulo. El corsario "Corbeta" mandado por el infame Michel, arribó a la isla de *Providencia*, donde quiso asesinar al ciudadano Juan de Dios Amador, que había sido su bienhechor, al Doctor Revollo, al Teniente Coronel Narváez y a otros que se ocultaron en los bosques y a quienes robó cuanto poseían. En seguida pasaron algunos soldados y oficiales patriotas a la isla de *San Andrés*, que tomaron, degollando al Gobernador y a la pequeña guarnición española que allí existía.»

«Las goletas "Constitución" y "Sultana" llegaron a Sabana-la-Mar en *Jamaica*, cuyos magistrados y habitantes ofrecieron a los emigrados hospitalidad y socorros generosos: mas pasando al puerto de *Kingston* sólo se permitió a estos buques permanecer pocos días, y a la mayor parte de los emigrados se les permitió desembarcar. De allí siguieron a los "Cayos de San Luis", a donde había arribado el resto de la emigración que halló hospitalidad generosa en Petión, el Presidente de Haití. Apenas seiscientas personas se salvaron en las islas de *Jamaica* y de *Santo Domingo*, de las que por lo menos doscientas murieron de resultas de la miseria, de las enfermedades y de las fatigas de su largo viaje. Sin embargo, fieles los cartageneros a la causa de la libertad, una parte de ellos corrió de nuevo a las armas poco tiempo después cuando el General Bolívar formó la célebre expedición de los *Cayos*, que puso las bases de la República; otros fueron con el General Mina a combatir por la libertad de Méjico.»

Morillo y sus tropas entraron a Cartagena el 6 de Diciembre y a la vista de aquellos apuestos guerreros se presentó el macabro espectáculo de verdaderos esqueletos que, ambulantes por las tortuosas calles de la heroica ciudad, caían exánimes con el arma en la mano y el gesto altivo de los que mueren luchando por la patria. De los 18.000 habitantes murieron 6.000 en el lapso de Agosto a Diciembre. Después vinieron los fusilamientos de patriotas, cumpliendo la consigna del Brigadier Ferro: "Para extinguir la canalla americana, es necesario no dejar vivo uno sólo."

«Lo primero que dispuso el general Morillo—dice Sevilla—una vez en la plaza, fue que por la tropa y los pocos paisanos que pudiesen trabajar, se abriese una gran zanja y se enterrasen en ella aquellos montones de cadáveres que infectaban la población. Muchas carretadas llenas de ellos se sacaban de las casas depositándolos en la fosa común. Pero por grande que fué el zanjón que se

hizo, no pudo contenerlos a todos, y hubo que llevar muchos en piraguas, con piedras atadas al cuello para arrojarlos al mar. El Cirujano mayor mandó poner una vasija en cada casa de donde se habían sacado muertos, con varios ingredientes de fumigación, para desinfectar aquellas habitaciones, antes espléndidas y entonces tan asquerosas. La ciudad se cubrió con el humo que salía de aquellos zahumerios.»

También publicó Morillo un indulto, en el que a más de la seguridad de los que se presentaran, pedía los elementos de guerra que hubiera, premiando con dinero a quienes entregaran determinado número de ellos, lo mismo que por los enemigos, avalorándolos según su graduación.

«Confiados en sus promesas se presentaron hombres sexagenarios, niños, mujeres, pescadores infelices que no habían tenido parte alguna en los sucesos políticos. Mandólos degollar en la ribera del mar hasta el número de 400 personas. Muchos perecieron también en el incendio del hospital de San Lázaro, construído en el Caño de Loro sobre la bahía, incendio que mandó hacer el mismo Morales. Ni los elefanciacos, atacados de una enfermedad que tanta compasión inspira, pudieron escapar de este azote de la humanidad sediento de sangre humana. Fué voz común que en el silencio de la noche sacrificó otras muchas víctimas en el convento de la Merced convertido en cuartel; allí las ponía en cepo y los soldados, que hacían de verdugos, las mataban a palos o hincándoles las bayonetas en la cabeza.» [1]

Los elementos de guerra encontrados por los españoles fueron los siguientes, según Don José Felix Blanco:

- “866 cañones de diferentes calibres, con sus municiones correspondientes.
- 9.000 bombas de 7 a 14 pulgadas.
- 3.888 fusiles.
- 100 carabinas.
- 760 sables.
- 3.440 quintales de pólvora en barriles.
- 4.787 cartuchos de cañón de varios calibres.
- 135.000 de fusil.
- 200.000 piedras de chispa.

«He aquí-agrega el mismo autor-el fin desgraciado que tuvieron el armamento, la pólvora y municiones que no se quisieron dar al General Bolívar para defender la República con la invasión de Santa Marta.» Así fué en realidad. La historia sabe quien fué el culpable.....

«Grandes sacrificios costó a España la toma de Cartagena. Desde que salió la Expedición de Puerto Cabello hasta el memorable 5 de Diciembre, hubo en el ejército 1.825 bajas de peninsulares y 1.300 de soldados del país; total 3.125 hombres, entre muertos de enfermedad, de bala, heridos y desertores.» [2] Dícese que si Morillo no lleva a Morales con el regimiento del Rey com-

(1) Larrazabal. Op. cit.

(2) Sevilla. Op. cit.

puesto de negros y mulatos venezolanos, hubiera tenido que levantar el sitio. Los peninsulares no acostumbrados al clima del trópico tuvieron muchas bajas, algunas causadas—dice Sevilla—por picaduras de mosquitos: aquellos diminutos y *patriotas* insectos cooperaron a la defensa, y lograron con sus venenosas picaduras amedrentar a los valientes sitiadores hasta lograr que uno de ellos los consagrara en sus memorias.

Después vino la época de sangre, en la cual corrió como un torrente la de aquellos patriotas cuya vida y hechos en favor de la libertad les dió el primer puesto en la lista de los mártires de la patria. El 24 de Febrero de 1816 eran arcabuceados en Cartagena Don José María García de Toledo, Don Miguel Díaz Granados, Don Antonio José de Ayoa, Don Manuel del Castillo, el Brigadier Manuel de Anguiano, español, el Teniente Santiago Stuart, inglés, Don Martín Amador, Don Pantaleón Germán Ribón y Don José María Portocarrero. Las descargas que cortaron tan preciosas vidas, resonaron en el amplio territorio de la Nueva Granada como un son legendario, recordando a sus habitantes que “*toda idea es inmortal, y crece y florece y dá sus frutos al calor vivificante de las almas de los mártires.*”

Después de detenerse un mes en Cartagena salió Morillo para el interior de la República. Lo demás lo sabe la historia. El genio de Bolívar desbarata en cien combates las huestes enemigas, dá a cinco naciones vida propia y cifre sobre sus sienes la corona de la inmortalidad.

«Qué se hizo—dice Juan Montalvo—el Teniente General de los quince mil valeresos españoles que trajo consigo, y de esos elementos sobrados para conquistar un mundo? ¡Quintilio Varo, vuélveme mis legiones! pudiera haber exclamado el que le envió, dándose de calabazadas contra las puertas de su Alcázar. Victorias nó, títulos inmerecidos fueron el fruto de esa aventura vergonzosa por lo que tuvo de inhábil, desastrosa para España por la gente y los caudales que en ella se habían invertido. Expedición formidable por el número y la calidad, de oficiales de soldados de recursos, lo mejor; y con tener seguro el buen éxito, fué desbaratada y vencida por el genio de Bolívar y el valor de sus compañeros de armas. Cuéntase que Don Pablo, reconvenido confidencialmente por Fernando VII, contestó de esta manera: «Déme Vuestra Majestad cien mil llaneros y me paseo triunfante por la Europa a nombre del Rey de España.»

